EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

A SECRETO AGRAVIO, DISIMULADA VENGANZA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Bolton

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1867.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonoles.
Carnioli.
Candidilo.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está cá!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El ultimo vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oneeuo no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Moaarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fe en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el un
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la es
Herencia de lágrima
Instintos de Alarcon
Indicios vehemente
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chicho
Lo mejor de los da s...
Los dos sargentos
Los dos inseparabl
La pesadilla de un sero
La hija del rey Re
Los extremos.
Los dedos huesped
Los extasis.
La posdata de una ta.
La mosquita muer
La hidrofobia.
La cuenta del zapato.
Los quid pro quos
La Torre de Londr
Los amantes de Teel
La verdad en el espo.
La bauda de la Co sa.
La esposa de Sanci el Bra
La boda de Queve
La Creacion y el Ma o.
La gloria del arte
La Gitanilla de Mad rid
La Madre de San Fernand
Las flores de Don an.
Las apariencias.
Las guerras civil
Lecciones de amo
Los maridos.
La lápida mortuo.
La bolsa y el bolso.
La libertad de Flo ncia.
La Archiduquesit
La escuela de los nigos.
La escuela de los ndos
La escala del pod.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banquer
Las huérfanas de Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ena.
La mujer del pueo.
Las bodas de Carcho.
La cruz del misteo.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica
Las mujeres.
La union en Afric
Las dos Reinas.
La piedra filosof
La corona de Cata ala
La calle de la Madera
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Ri

Á SECRETO AGRAVIO, DISIMULADA VENGANZA.

35 0 6 J 2

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/secretoagraviodi00bold

A SECRETO AGRAVIO,

DISIMULADA VENGANZA.

DRAMA EN TRES ACTOS,

POR

DON CALISTO BOLDUN Y CONDE.

Representado por primera vez en el teatro de Variedades, para inauguracion de temporada, en la noche del 24 de Octubre de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA LEONOR.....	SRA. DOÑA ENRIQUETA LIRON.
SIRENA.....	STA. DOÑA MARIA RUIZ.
DON LOPE.....	SR. D. JOSÉ MATA.
EL DUQUE BELARDINO.....	ANTONIO PIZARROSO.
DON LUIS.....	RICARDO CALVO.
DON JUAN.....	MANUEL VEGA.
MANRIQUE. } Criados.	CALISTO BOLDUN.
CELIO..... } Criados.	EDUARDO MAZA.
UN BARQUERO.....	MARIANO RUIZ.

Damas, pajes, caballeros, marineros, etc.

La accion se supone en Lisboa y sus cercanias.
Época 154...

NOTA. El pensamiento de esta obra y algunas de sus escenas, pertenecen al inmortal Calderon.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Frondosa arboleda á orillas del rio Tajo, con un embarcadero y bancos de cesped, rosales, etc.

ESCENA PRIMERA.

Salen D. LOPE y MANRIQUE.

MANR. ¡Contento estás!...
LOPE. Mal supiera
la dicha y la gloria mia
disimular su alegria.
¡Felice yo si pudiera
volar hoy!
MANR. ¿Al viento igualas?
LOPE. Poco es para mí, que el viento
es perezoso elemento;
diérame el amor sus alas,
volara abrasado y ciego,
pues quien al viento se entrega,
en olas de aire navega,
y las de amor son de fuego!
MANR. Para que desengañarme
pueda, creyendo que tienes
causa, dime á lo que vienes
con tanta prisa?...
LOPE. Á casarme

MANR. ¡Jesus! ¿Y no es un error
(digno de que al mundo asombre,)
que venga á casarse un hombre
con tanta prisa, señor?
Si hoy que te vas á casar,,
del mismo viento te quejas,
dime, don Lope, ¿qué dejas
cuando vayas á enviudar?...
¿Conque á eso solo has venido
á estas orillas del Tajo,
y músicas y agasajo
á ese fin has prevenido?

LOPE. Hélo preparado aquí,
porque de la opuesta orilla
viene á esta desde Castilla
hoy la que es mi esposa.

MANR. ¿Sí?
Castellana y hermosa es?

LOPE. ¡Eslo, y mucho!

MANR. Con bien venga;
y á sufrir en paz se atenga
los celos de un portugués;
que son altivas en todo,
y aun es fama por acá,
que nadie el humor les da.

LOPE. Mira, si acaso, es el modo
de imponerle...

MANR. Sí: hay mujer
buena, si por bien se trata,
y que por mal se desata
en mañas de Lucifer.

LOPE. No peques de impertinente
cuando mi dicha pondero!...
Corre á esotro embarcadero
y ten dispuesta la gente,
de modo, que al divisar
la barca, se oiga en los vientos
de voces y de instrumentos
un concierto singular,
que me anuncie la que espero
dulce esposa. (Sentándose.)

MANR. Harélo así;

RBC NcU

tornando otra vez aquí,
que albricias pedirla quiero.

ESCENA II.

D. LOPE.

En tanto llega Leonor,
veamos si en este escrito
de respeto hallo delito
hácia mi rey y señor.
No es que de mí tal presuma,
vasallo humilde y leal,
mas pude en mi memorial
cometer error de pluma.
Leamos: «Gran señor, os plugo darme
»licencia que os pedí para casarme
»con mi igual en ilustre nacimiento,
»y así lo vine á hallar en un portento
»de virtud, discrecion y de hermosura.
»Por gozarle, señor, vengo á la dura
»precision, de que el tiempo han de robaros,
»aquestas letras que escribí á rogaros
»que, en vuestra gracia, pueda
»colgar mis armas, y que Marte ceda
»á Amor la gloria, cuando en paz reciba
»en vez de alto laurel sagrada oliva.
»Bésoos la augusta planta, mi padrino,
»y eterno sea el laurel divino
»que tus sienes corona,
»cual lo será mi amor á tu persona.»

ESCENA III.

DICHO y D. JUAN, vestido pobremente.

JUAN. ¡Cuán diferente pensé
volver á tí, patria mia,
aquel infelice dia
que tus umbrales dejé!
¡Quién no te hubiera pisado!
pues siempre mejor ha sido

á donde no es conocido
vivir el que es desdichado!

LOPE. (Guardando el papel. D. Juan repara en Lope y va á retirarse; Lope se levanta y le detiene.)
Bien lo expuse...

JUAN. ¡Ah! No es razon
me vean como me veo...

LOPE. Hola, hidalgo; si es deseo
dé socorro á su pobreza,
llegue á mí, pues no podia
dárselo en más fausto dia
para mi gusto y largueza.

JUAN. ¡Qué voz!... ¿Don Lope?... (Acercándose.)

LOPE. Dudoso...
¿Don Juan?...

JUAN. ¡Sí!

LOPE. (Brindándole con los suyos.) Como mis brazos
no estrechais con tiernos lazos?

JUAN. Deteneos: que es forzoso,
que yo me esquive de quien
tanto honor y valer tiene.

LOPE. ¿Qué decis?

JUAN. Quien pobre viene
de todo, creedme, no es bien
que toque, ¡oh! suerte importuna
pecho de honra y de oro lleno.

LOPE. Vuestras razones condeno:
porque si da la fortuna
humanos bienes del suelo,
el cielo un amigo da
como vos: ved lo que va
desde la fortuna al cielo. (Se abrazan.)

JUAN. Aunque haceis que aliento cobre,
en mí mayor mal está
mirad cuán grande será,
mal que es mayor que ser pobre!

LOPE. Decidme si á tal tormento,
hay alivio que prevenga?

JUAN. Sí, es posible que le tenga,
escuchad.

LOPE. Óigoos atento.

JUAN. Á la conquista de la India

juntos partimos los dos,
amigos, y tan amigos.
que el vulgo dijo en razon,
que asistieron en dos cuerpos
un alma y un corazon:
Por muerte de vuestro padre
volvísteis: quedéme yo
esclavo de una señora,
hija de un hombre á quien dió
grande cantidad de hacienda,
codicia y contratacion...

LOPE. ¿En Goa? Si mi memoria
el nombre no me borró
de esa dama, era Violante?...

JUAN. Hija del gobernador.

LOPE. ¡Y muy hermosa y discreta!...

JUAN. Aunque enemigas las dos
en ella hicieron las paces
hermosura y discrecion:
don Manuel de Sousa, un mozo
de mucha resolucion,
de Violante enamorado,
era mi competidor...

LOPE. ¿Dichoso?

JUAN. Poco cuidado
dábame su pretension,
porque siendo, como era,
el favorecido yo,
la pena del despreciado
hizo mi dicha mayor:
un dia, pues, que esa dama
á la marina salió,
estábamos en un corro
gente jóven y de humor,
todos soldados y amigos,
cuando cerca de él pasó
Violante; iba tan airosa,
que allí ninguno dejó
de poner el alma en ella,
porque su planta veloz
era el móvil que llevaba
tras sí la imaginacion.

¡Dijo un capitan! «¡Qué bella
mujer!» Á quien respondió
mi contrario... «Y como tal
ha sido su condicion.»
«¿Por lo esquiva?» «No por eso
lo digo (le replicó,)
sino por ver que ha escogido
como hermosa lo peor.»
Yo entónces dije. «Ninguno
sus favores mereció,
porque no hay quien los merezca,
y si hay alguno, soy yo.»
«¡*Mentis*!» dijo... aquí no puedo
proseguir... fáltame voz!...
que mi lengua á tal ultraje...

LOPE. Con nobleza, y corazon
vengado le dejariais?...

JUAN. Apenas él pronunció
tamaña injuria, don Lope,
cuando mi espada veloz
pasó de la vaina al pecho,
tal, que á todos pareció,
que imitaron trueno y rayo
juntas mi espada y su voz.
Bañado en su misma sangre
muerto en la arena cayó!

LOPE. ¡Bien, don Juan!...
(Dándole la mano con efusion.)

JUAN. Pronto una iglesia
seguro asilo me dió:
y el capitan de una nave
que en aquel puerto tocó,
y rumbo hacia á Lisboa
fué de mi vida ocasion,
y hoy dejóme en esta playa.
Estas mis desdichas son:
ya no tristes, sino alegres,
pues me dieron ocasion
de llegar á vuestros brazos.

LOPE. Los que con el alma os doy
y con envidia os abrazan.
¡Dichoso os llama mi lengua!

JUAN. ¿Tal pensais de mí?
LOPE. Dichoso
puede llamarse el que deja
como vos limpio su honor
y castigada su afrenta.
¡Honrado volveis! (Estrechándole.)
JUAN. ¡Más triste!...
LOPE. Negras sombras, no oscurezcan
el pesar de ausente, y hoy
en nuestra amistad se vea
la virtud de aquellas plantas,
tan conformemente opuestas,
que una con calor consume,
otra con frialdad hiela;
y el veneno de las dos
estando juntas se templa,
de modo que son entónces
salud mas segura y cierta:
¿vos estais triste? yo alegre!...
partamos la diferencia
entre los dos, y templando
el contento y la tristeza,
queden en igual balanza
mi alegría y vuestra pena,
porque el pesar ó el placer
matar á ninguno pueda:
¿Aceptais este concierto?
JUAN. ¿Lenitivo á mi tristeza
ha de ser vuestra alegría?...
no escatimeis la receta;
vuestras dichas relatadme,
fiel contraste de mis penas.
LOPE. Yo me he casado en Castilla,
por poder, con la más bella
mujer... mas para ser propia
es lo ménos la belleza.
Doña Leonor de Mendoza
es su nombre, y hoy con ella,
su custodio, mi buen tio,
viene de Aldea-Gallega
hasta aquí, donde yo aguardo.
JUAN. En vuestra ventura sea.

LOPE. Esta es mi dicha mayor,
y mucho me la acrecienta
vuestra llegada, don Juan.

JUAN. ¿Cómo pagar las finezas
que os debo?

LOPE. Siendo mi amigo.

JUAN. (Dándole la mano.)
¡Ah! hasta morir!...

LOPE. No os dé pena
venir pobre; rico soy:
mi oro, mi casa, mi mesa,
mis caballos, mis sirvientes,
mi honor, mi vida, mi hacienda...
todo es vuestro!

JUAN. ¡Ah!

LOPE. Consolaos,
pues que la fortuna os deja
un amigo verdadero,
que vuestro valer aprecia...
No me respondais; dejad
las cortesanas finezas,
excusadas para entrambos,
y venid á donde sea
testigo vuestra persona
de la dicha que hoy me espera.
Vamos, que tardar no debe
la barca ya...

JUAN. No pretenda
con mi humildad deslucirse,
don Lope, vuestra grandeza:
ved que el mundo, no la sangre,
sino el vestido respeta.

LOPE. Engaño del mundo es ese,
que no ve ni considera
que al cuerpo le viste el oro,
pero al alma la nobleza!

ESCENA IV.

Atraca una barquilla empabesada, y saltan á tierra DOÑA LEONOR, el DUQUE y SIRENA, dos DAMAS, dos PAJES y dos REMEROS.

SIRENA. ¡Recibimiento harto frio
nos hacen los portugueses!...
LEONOR. ¡Ay! (Sentándose abatida.)
SIRENA. Pensé hallarlos corteses
en la otra orilla del rio;
venimos á esta y tampoco
quien nos reciba encontramos...
¿No asamos y ya pringamos?
DUQUE. Calla tu discurso loco;
respeta más y mejor
la razon que habrá tenido
caballero tan cumplido
como el que ya es tu señor,
de no hallarse aquí presente.
SIRENA. Yo, señor, como en Castilla
es uso...
DUQUE. Á nuestra barquilla
empujó recia corriente
á esta playa, solitaria
ahora; en otra no lejos,
prevenido habrá festejos.
LEONOR. (¡Ay! mi fortuna contraria!)
DUQUE. En la sombra placentera
de aqueste pensil sembrado
de flores, donde ha llamado
á córtes la primavera,
puedes descansar en tanto,
bella Leonor, que, dichoso,
llega don Lope tu esposo.
Da tregua á ese tierno llanto.
LEONOR. Si lloro...
DUQUE. No es maravilla
que con sentimiento igual,
puesto ya el pie en Portugal,
te despidas de Castilla.

LEONOR. Noble Duque Belardino,
dispensad; mi tierno llanto
no es ingratitud á tanto
honor como me previno
la suerte y la dicha mia;
viendo tan cercano el bien,
gusto ha sido, que tambien
hay lágrimas de alegria.

DUQUE. Cuerdamente te disculpa
la discrecion lisonjera,
y aunque por disculpa fuera,
agradézcote la culpa.
Prudente es dar más lugar
á divertir la porfia
de aquesa melancolia.
Quedémonos á esperar,
venciendo el rigor, aquí,
del sol que en sus rayos arde,
que quizá Lope no tarde
en hallarnos.

LEONOR. ¡Ay de mí!

DUQUE. (Mirando á dentro.)
Mas ¿qué veo? si no yerra
mi vista, en lo que aquí abarca,
dos hombres, desde una barca,
ligeros saltan á tierra...

SIRENA. Y si de los ojos mios
no me engaña la vision,
te advierto que los dos son
renegados ó judios!...
¡Ay! tal encuentro me acuita;
hombres vengo aquí á buscar,
y los dos que logro hallar
son de la raza maldita!

DUQUE. Pues que estan cerca de aquí,
deja que á informarme vaya,
si es que á don Lope en la playa
han visto. (Váse con los dos Pajes.)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR y SIRENA.

LEONOR. ¿Fuése ya?
SIRENA. Sí.
LEONOR. ¿Oirnos podrán?
SIRENA. Sospecho
que no puedan esas dos.
(Por las Damas, que estan alejadas y hablando con los remeros.)
LEONOR. Pues salga mi pena ¡ay Dios!
de la cárcel de mi pecho: (Se levanta.)
salga en huracan deshecho
el dolor que me provoca...
el fuego que al alma toca!
remitiendo sus enojos, (Sollozando.)
en lágrimas á los ojos,
en suspiros á mi boca.
Y sin paz y sin sosiego
todo lo abrasen veloces,
pues son de llanto mis voces
y mis lágrimas de fuego!
SIRENA. Que calmes, por Dios, te ruego
tu pena.
LEONOR. ¡Ah! imposible!
SIRENA. Advierte
que está en peligro tu honor.
LEONOR. ¿Tú, que sabes mi dolor...
tú, que conoces mi muerte,
me reportas desta suerte?
¿tú, de mi llanto me alejas?
¿tú, que calle me aconsejas?
SIRENA. Tu inútil queja escuchando,
tal quiero.
LEONOR. ¡Ay Sirena! ¿Cuándo
son inútiles las quejas?
¡Quéjase una flor constante
si el aura sus hojas hiere,
cuando el sol caduco muere
en túmulos de diamante!

¡Quéjase un monte arrogante
de las injurias del viento
cuando le ofende violento!
¡Y el eco, ninfa vocal,
quejándose de su mal,
responde el último acento!
¡Quéjase (porque amar sabe)
débil hiedra, que perdió
el tronco en que se apoyó!
¡Con acento triste y suave
quéjase inocente el ave
del que la cogió á traicion,
y en su dorada prision
aliviarse así pretende,
que al fin su queja se entiende
por su sentida cancion!
¡Quéjase el mar á la tierra
cuando en lenguas de agua toca
los labios de opuesta roca!
¡Quéjase el fuego si encierra
rayos que al mundo hacen guerra!
¿Qué mucho, pues, que mi aliento
se rinda al dolor violento,
si se quejan monte y piedra,
ave, flor, eco, sol, hiedra,
tronco, rayo, mar y viento?
¡Ay! (Sentándose.)

SIRENA. ¿Y qué remedio así
consigues desesperada?
Don Luis muerto y tú casada?...

LEOTOR. ¡Casada!... ¡oh! (Levántase con rapidez.)

SIRENA. Mira por tí.

LEONOR. Dí con más acierto, dí
don Luis muerto y muerta yo;
pues si el cielo me forzó,
has de verme en fria calma,
sin gusto, sin ser, sin alma,
muerta sí, casada no!
Lo que yo una vez amé,
lo que una vez aprendí,
podré perderlo, ¡ay de mí!
olvidarlo no podré.

¿Olvido donde hubo fe?
¿miente amor? ¿Cómo se hallara
burlada verdad tan clara?
No: la que constante fuera
no olvidara si quisiera,
no quisiera si olvidara.
¡Bien sabes lo que sentí
cuando su muerte escuché! (Sollozando.)
¡Qué obligada, ¡ay! me casé,
solo por vengarme en mí!—
¡Ya la vez última aquí
se despide mi dolor!...
(Resuelta y enjugándose las lágrimas.)
Hasta las aras, amor,
te acompañé!... Aquí te quedas,
porque atrevido no puedas
llegar á las del honor!

ESCENA VI.

DICHOS Y MANRIQUE.

MANR. Dichoso yo que he llegado...
Venturoso yo que he sido...
felice yo que he venido...
refelice yo que he dado,
antes que otro, el labio mio
á la estampa de ese pie,
que lleno de flores fué
primavera del estío:
y pues he llegado á vos,
beso y vuelvo á besar,
cuanto se puede besar
sin ofender á mi Dios.
LEONOR. ¿Quién sois?
MANR. El menor criado
de don Lope mi señor,
(mas no el hablador menor,)
que veloz me he adelantado
por albricias de que él viene
á encontrarse con su esposa.
LEONOR. Tomad. (Dándole un bolsillo y sentándose.)

SIRENA. Decid: ¿en qué cosa
sirve á su amo?
MANR. Hombre que tiene
este humor, ¿ya no os avisa
que es gentilhombre su nombre?
SIRENA. ¿De boca sois gentil hombre?
MANR. De la boca, de la risa.
Mi señora?... (¡Mas qué ceño
tiene la altiva española!... (Á Sirena.)
SIRENA. Gústale mucho estar sola.)
MANR. Aviso daré á mi dueño.
Y á vos os he de advertir
que no imite tal mania,
y que dé su compañia
á quien la ha de divertir.
SIRENA. Verse sola mejor es
que estar mal acompañada.
MANR. Que más vale algo que nada
dice un refran portugués. (Váse.)

ESCENA VII.

LEONOR, SIRENA, el DUQUE, sale con los dos pajes hablando con D. LUIS y CELIO, ambos con disfraz de hebreos.

LUIS. Soy mercader y trato en los diamantes,
que hoy son piedras y rayos fueron antes
de sol, que perfecciona é ilumina
rústico grano en la abrasada mina.
Hoy llego hasta Lisboa de Castilla,
y en el camino ví la maravilla
del cielo reducida en una dama
que acompañais; y luego de la fama
supe que va casada ó á casarse.
Como en esta ocasion suele emplearse
este caudal más bien, porque las bodas
en la gala y la joya empiezan todas,
enseñaros quisiera alguna de ellas,
que no son más lucientes las estrellas,
por ver si la ocasion con el deseo
hacen en el camino algun empleo.
DUQUE. La prevencion y la advertencia ha sido

acertada; á buen tiempo habeis venido,
pues yo por divertirla y alegrarla
(que está triste) una joya he de feriarla.
Aquí esperad, y llegaré primero
á prevenirla.

LUIS. Aguardad, que quiero
que la lleveis, señor, para bastante
prueba de mi verdad, este diamante:
(Tomándole de la caja que tiene Celio.)
que visto su valor y su excelencia,
no dudo yo, señor, que dé licencia
de llegarme á sus pies. (Dale el diamante.)

DUQUE. ¡Es piedra rara!
qué fondo! Qué caudal!

LUIS. ¡Y limpia y clara!

DUQUE. Aquí, divina Leonor,
ha llegado un mercader,
en cuya mano has de ver
joyas de grande valor,
ricas, costosas y bellas.
Divierte un poco el pesar,
que yo te quiero feriar
la que más te agrade de ellas.
Este diamante, farol
que con luz hermosa y nueva
y con su limpieza prueba
que hijo luciente es del sol,
viene por testigo aquí.
¡Mira cuál brilla! (Le da el diamante.)

LEONOR. (Ap. y levantándose asombrada.) (¿Qué veo?
Cielos!)

DUQUE. Dime...

LEONOR. (Ap.) (¡Aun no lo creo!)

DUQUE. Si ha de llegar?...

LEONOR. ¡Ay de mí!
Este diamante es el mismo...
Dile que llegue.—(Sirena?) (Ap. á ella.)
(El Duque vuelve cerca de D. Luis, que toma el cofrecillo de las joyas.)

SIRENA. ¿Ya te aflige nueva pena?

LEONOR. Es que un encanto, un abismo...
Este diamante que ves,

luz que con el sol la mides,
dí á don Luis de Benavides...
prenda mia y suya es!
ó mis lágrimas me ciegan,
ó es el mismo!... Ah! sabré yo
cómo á mis manos volvió.

SIRENA. Disimula, que ya llegan.)
(Llega D. Luis.)

LUIS. (Yo soy, hermosa señora...
víctima de tu falsía!...) (Ap. á ella.)

LEONOR. (Ap.) (¡Alma de la vida mia!...)

SIRENA. (Ve que te vendes, señora.) (Ap. á Leonor.)

LEONOR. (Ap.) (No te alegres, corazon,
que quizá viene á matarte!)

LUIS. Yo soy quien en esta parte
piensa lograr la ocasion;
habiendo á tiempo llegado
en que pueda mi deseo
hacer el feliz empleo
tantos años esperado:
joyas traigo que vender
de innumerable riqueza,
y entre otras, una firmeza
sé que os ha de parecer
la mejor; y aun me sospecho
que aumente su bizarría,
si es que la firmeza mia
llega á adornar vuestro pecho.
Un cupido de diamantes
traigo, de grande valor,
que quise hacer al amor
yo de piedras semejantes;
porque labrándose así,
cuando alguno le culpase
de vario y fácil, le hallase
firme solamente en mí;
un corazon traigo, en quien
no hay piedra falsa ninguna!
Sortijas bellas, y en una
unas memorias se ven!...

LEONOR. ¡Ah!

LUIS. Una esmeralda que habia

me hurtaron en el camino!...
(Túrbase Leonor.)
bello color! imagino
que perfecto lo tenia!...
Estaba junta á un zafiro,
mas la esmeralda llevaron
solamente y me dejaron
esta azul piedra que miro!...
así dije en mis desvelos
plañiendo mi malandanza:
«me llevásteis la esperanza
para dejarme los celos!»
Si gusta vuestra belleza,
descubriré por mis glorias
el corazon, las memorias,
el amor y la firmeza.

DUQUE. El mercader es discreto: (Á Leonor.)
que bien á las joyas bellas,
para dar gusto de bellas
las fué aplicando su *efeto*!...

LEONOR. Aunque vuestras joyas son
tales como encareceis,
para mostrarlas habeis
llegado á mala ocasion:
y yo en ver su hermoso alarde
contento hubiera tenido,
si antes hubiérais venido...
pero habeis llegado tarde!

LUIS. ¡Ah!

LEONOR. ¿Qué dijeran de mí,
si cuando casada soy,
si cuando esperando estoy
á mi noble esposo aquí,
pusiera no mi tristeza,
sino mi imaginacion,
en ver ese corazon,
ese amor y esa firmeza?
(Movimiento de D. Luis para mostrar las joyas.)
No les mostreis, que no es bien
que tan sin tiempo miradas
ahora, desestimadas
memorias vuestras esten.

LUIS. ¿Mas...
LEONOR. Tomad vuestro diamante...
LUIS. ¿Y no...
LEONOR. Sé que pierdo en él
una luz hermosa y fiel
al mismo sol semejante!...
No culpeis la condicion
que en mí 'an esquiva hallásteis,
culpaos á vos, que llegásteis
sin tiempo y sin ocasion.
(Música dentro muy lejana y que va acercándose.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MANRIQUE.

MANR. Ya don Lope mi señor
se acerca y su comitiva.
DUQUE. Pues justo es que le reciba
antes que llegue, mi amor:
¿vienes? (Á Leonor.)
LEONOR. (Dudando.) ¿Yo?...
DUQUE. Quédate pues.
(Se va con Manrique y criados.)
LEONOR. No: ya voy...
(Va á marchar, y la detiene D. Luis.)
LUIS. Como te ausentes,
piensa Leonor, que consientes
que ahora me mate á tus pies.
¿No recelas que la envidia
y los celos me consumen?
LEONOR. Ciegos son, y no presumen
la atroz, la sangrienta lidia
que sufro!...
LUIS. ¿Qué responder,
ni sufrir puedes, liviana,
mudable, inconstante y vana.
y mujer, en fin, *mujer*...
que pueda satisfacer,
á tu mudanza, y tu olvido?...
LEONOR. Haber tu muerte creido...
LUIS. ¡Mi muerte! (Con ironia.)

LEONOR. Haberla llorado
causa á mi mudanza ha dado,
que á mi olvido no ha podido;
pues cuando te llego á ver,
á no estar ya desposada,
vieras hoy determinada
si soy mudable ó *mujer*!
Desposéme por *poder*...

LUIS. ¡Y bien por *poder* se advierte!
por poder borrar mi suerte!
por poder dejarme en calma!
por poder quitarme el alma!
por poder darme la muerte!

LEONOR. ¡La tuya creí!...

LUIS. ¿Creiste? (Sarcasmo.)
¿Pues no fué vana apariencia,
que muerto estuve en la ausencia
de amor por tí, bien dijiste!

LEONOR. No puedo, no puedo ¡ay triste!
responder que está conmigo,
no mi esposo, mi enemigo...
mas ya que me culpas cruel,
lo que ahora diga yo á él
tambien hablará contigo.
(Apártase Luis y se junta á la comitiva.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. LOPE, el DUQUE, MANRIQUE, DAMAS y CABALLEROS, gente del pueblo, marineros, etc., D. Lope llega á Leonor, á quien saluda ceremoniosamente besándole la mano, la contempla un momento en silencio, manifestando en el semblante la satisfaccion de su alma.

LOPE. Cuando la fama en lenguas dilatada,
vuestra rara hermosura encarecia,
por fe os amaba yo, por fe os tenia,
Leonor, dentro del pecho idolatrada;
cuando os miro suspensa y elevada
el alma que os amaba y os queria,
culpa la imágen de su fantasia
que sois vista mayor que imaginada!

Vos sola, á vos podeis acreditaros.
Dichoso aquel que llegue á mereceros
y más dichoso si acertó á estimaros.
¿Mas cómo ha de olvidaros ni ofenderos?
que quien antes de veros pudo amaros
mal os podrá olvidar despues de veros.

LEONOR. Yo me firmé rendida antes que os viese;
y vivo ó muerto solo en vos estaba:
que aunque solo una sombra vuestra amaba,
bastóme á mí que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces si pudiese
amaros como el alma imaginaba,
que la deuda comun así pagaba
la vida cuando humilde me rindiese.
Disculpa tengo cuando temeroso
y cobarde mi amor llega á miraros.
Si no pago un amor tan generoso,
de vos, y no de mí podeis quejaros,
pues aunque yo os estime como á esposo,
es imposible como sois amaros.

DUQUE. ¡De oiros se me alboroza
el alma! amado sobrino.
Ea; á Lisboa haz camino,
Leonor, en la carroza
que ha prevenido el esmero
de tu padrino y tu esposo.

LOPE. Iré en mi alazan brioso
al estribo caballero,
si lo permitis... (Á Lenor ofreciéndola apoyo.)

DUQUE. Eso es.
¿Tan bien, Leonor, te parece? (Á Lope.)

LOPE. ¡Como mi honor la merece!

SIRENA. ¡Finchado es el portugués!
(Éntranse y se oye música, que no interrumpe el diálogo, y va alejándose hasta el final del acto.)

ESCENA X.

LUIS y CELIO.

LUIS. ¡Traidora y adversa suerte,
presto hallé tu desengaño!

CELIO. Vuelve en tí, repara el daño
si loco no has de volverte:
ya no hay recurso ni medio
que podamos elegir.
LUIS. Sí hay, Celio...
CELIO. ¿Cuál es?
LUIS. ¡Morir!
CELIO. Aunque es barato el remedio,
no le compres...
LUIS. ¿No me clava
un puñal Leonor?
CELIO. ¿Leonor?
ha jugado con tu amor
como el tahur á la taba:
olvídala, y echa á andar
hasta donde nace el rio
que aquí muere.
LUIS. El amor mio
me pretende consolar.
¿No viste como discreta,
cuando con su esposo habló
conmigo se disculpó
de su olvido?
CELIO. Linda treta!
¿Que hablas de disculpar contigo?
yo entendí que dijo «*nones*!...»
LUIS. Dijo entre otras mil razones
estas que hablaban conmigo:
«Yo me firmé rendida antes que os viese,
»y vivo y muerto, solo en vos estaba,
»aunque solo una sombra vuestra amaba
»bastóme á mí que sombra vuestra fuese!
»Disculpa tengo cuando temeroso
»y cobarde mi amor llega á miraros...
»si no pago un amor tan generoso
»de vos, y no de mí podeis quejaros!...»
¿Ves como dióme su empeño
disculpa de su mudanza.
CELIO. Forjósela tu esperanza.
LUIS Que ella acaricie este ensueño...
No me la quieras robar,
que ella sola me sostiene

cual frágil tabla que viene
pobre naúfrago á salvar.
¿No navego en el dolor?
Pues deja ¡viven los cielos!
que á ahogarme en un mar de celos
prefiera morir de amor.
No pretendas argüir,
porque no has de persuadir
á quien tan ciego porfia...
Sí; Leonor ha de ser mia
ó por ella he de morir!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala con puerta al fondo; dos laterales en primer término, y en segundo otra secreta, y enfrente un balcon: cortinajes y muebles de época.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE y SIRENA.

MANR. Sirena de mis entrañas,
que para aumentar mi pena,
eres la misma *Sirena*,
pues enamoras y engañas.
Duélate ver el rigor
con que tratas mis cuidados,
que tambien en los criados,
hiere el niño ciego amor.
Dame un favor de tu mano...

SIRENA. Pues, ¿qué puedo darte yo?

MANR. Mucho puedes; pero no
quiero más, bien soberano,
que aquese verde liston,
con que yaces declarada
por doncella, de lazada,
á falta de otro blason
que tal diga.

SIRENA. ¿El lazo?

MANR. Sí.

SIRENA. Poco es: ya el tiempo pasó,

que el galan se contentó
con lazadas.

MANR. Es así:
pero si ahora tu belleza
otorgárame aquí el lazo,
y despues un tierno abrazo
que es por lo que amor empieza,
(cual sota en juego de pinta)
vieras que en plácida union
el cura, tú y yo, el liston
convirtiéramos en cinta.

SIRENA. ¿Casáraste?

MANR. Y tal por cual
nos perdemos en un dia.

SIRENA. No: vano tu empeño es;
nunca será un portugués
dueño de la mano mia.
Sois altivos...

MANR. Yo me allano
á ser lacayo en tu coche.

SIRENA. ¿Y á celarme dia y noche?

MANR. El marido lusitano
con su mujer eso estila.

SIRENA. Á mí, que soy castellana,
no portuguesa liviana,
me ofende quien me vigila.

MANR. La que tener limpia suele
conciencia, ropas y cara,
¿qué le importa, cosa es clara,
que un marido se las cele?

SIRENA. Mucho, sí. No consentimos
con calma que nuestro esposo
tenga un amigo enfadoso
bajo el techo en que vivimos;
que perenne nos rodea,
y vigia del cancel,
no deja carta ó papel,
que no registre, abra ó lea.
Dia y noche vigilante
si salimos ó si entramos,
si dormimos ó velamos,
es nuestra sombra constante.

¡Mala peste!

MANR. No baldones
ni motejes á don Juan,
que es airado y capitan
de los buenos!

SIRENA. De ladrones
puede serlo, en la franqueza
con que ha venido á mermar
de Leonor el bienestar
de don Lope la riqueza.

MANR. Con gusto dála su dueño...

SIRENA. En nuestro daño.

MANR. Él asoma...

SIRENA. En nombrando el rain de Roma...
vóyme por no ver su ceño. (Váse.)

ESCENA II.

D. JUAN y MANRIQUE.

JUAN. ¿Ha llegado tu señor?

MANR. Apenas hace un momento
que entrar le ví en su aposento,
y no de muy buen humor.

JUAN. ¿Murmuras?

MANR. Nunca: y creed
que si cual mis esperanzas
viérale alegre, entre chanzas
le pidiera una merced:
mas viéndole que hoy traia
agrio el rostro, color preto,
dije para mi coleto,
«se la pediré otro dia.»

JUAN. Mejor pudiste acertar
viendo en tu señor enojos,
cerrando tu boca y ojos
por no decir ni mirar:
eso te estaba mejor,
que á un miserable criado,
inquirir le está vedado,
lo que pasa en su señor.

MANR. Pienso si preocupada

su mente, tal vez encierra
triste presagio en la guerra:
dí, ¿se acerca la jornada?

JUAN. No queda en toda Lisboa
fidalgo ni caballero,
que ser no piense el primero,
que consiga eterna loa
con su muerte.

MANR. Justo es:
mas no pienso de esa suerte
tener yo loa en mi muerte,
ni comedia, ni entremés.

JUAN. ¿Luego tú no piensas ir
al África?

MANR. Podrá ser
que vaya; mas será á ver,
por tener más que decir,
no á matar, quebrando en vano
la ley en que vivo y creo,
y que no explica, bien veo,
si es al moro ó al cristiano.
«No matar» dice á los dos;
y esta me vereis guardar,
que yo no he de interpretar
los mandamientos de Dios.

JUAN. Sutileza es de cobarde.

MANR. Podrá ser; no he de argüir:
solo sé que del morir
lo mejor es lo más tarde.

JUAN. Basta: avisa á tu señor
que he llegado y que te sigo.

MANR. (Este hombre es un castigo
para un criado hablador.)
(Se van los dos por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

LEONOR y SIRENA, por la puerta izquierda.

SIRENA. ¿Á eso estás determinada?

LEONOR. Esto, Sirena, es forzoso:
declárese mi rigor,

porque mi vida y mi honor
ya no es mio, es de mi esposo.
Dile á don Luis, pues que es
principal, noble y honrado,
por español y soldado,
obligado á ser cortés,
que una dama (no Leonor,
porque le basta saber
á un noble que una mujer...)
le suplica que su amor
olvide; que maravilla
cuidado en la calle tal,
y no sufre Portugal,
galanteos de Castilla;
que con lágrimas bañada,
llego á pedirle se vuelva
á Toledo, y se resuelva
á no hacerme mal casada;
porque fiera y ofendida,
si no lo hace, ¡vive Dios!
que podrá ser que á los dos
nos llegue á costar la vida!

SIRENA. De esa suerte lo diré,
si puedo verle y hablalle.

LEONOR. ¿Cuándo falta de mi calle?
(Sirena mira por el balcon.)

SIRENA. Allí está...

LEONOR. No le hables; vé
á buscarle á su posada.

SIRENA. De la que mudó; avisada
me tiene: allí le veré.
¿Y he de ir presto?

LEONOR. Me holgaria
que hoy fueses.

SIRENA. Iréme ahora...

ESCENA IV.

D. JUAN, D. LOPE y LEONOR.

LOPE. ¿Dáisme licencia?

JUAN. (Saludando desde la puerta de la izquierda.)

Señora?...

LEONOR. ¡Cielos!

SIRENA. (Marchándose.) ¡Ah! el maldito espía!

LOPE. ¡Mi Leonor! (Besándole la mano.)

LEONOR. ¡Esposo mio!
¿Vos tanto tiempo sin verme?
quejoso vive el amor,
de los instantes que pierde.

LOPE. ¡Qué castellana que estais!
cesen las lisonjas, cesen
las repetidas finezas;
mirad que los portugueses,
al sentimiento dejamos
la razon; porque el que quiere,
todo lo que dice, quita
de valor á lo que siente.
Si en vos es ciego el amor,
en mí es mudo.

LEONOR. De esa suerte,
¿quereis demostrar tristeza?
muy poco mi pecho os debe,
ó yo le debo muy poco,
pues vuestro dolor no siente.

LOPE. Forzosas obligaciones,
heredadas dignamente
con la sangre, á quien obligan
divinas y humanas leyes,
me dan voces y me culpan
de esta blanda paz y de este
olvido en que yacen
mis heredados laureles.
El famoso Sebastian
nuestro rey, invicto siempre,
hoy al África hace guerra.
No hay caballero que quede
en Portugal, porque todos
su espada y vida le ofrecen;
quisiérale acompañar
á la jornada, y por verme
casado no me he atrevido,
hasta que licencia lleve
de tu boca; Leonor mia,

esta merced has de hacerme;
en este caso has de honrarme,
y este gusto he de deberte.

LEONOR. Bien con esas prevenciones
fué menester que me hicieseis,
oraciones que me animen,
y discursos que me alimenten.
Vos ausente, dueño mio,
y por mi consejo ausente,
fuera pronunciar yo misma
la sentencia de mi muerte.
Idos vos sin que lo diga
mi lengua, porque no puede
negaros la voluntad
lo que la vida os concede.

LOPE. Terrible eleccion me dejas
si tu labio no resuelve
en ella...

LEONOR. Pues tanto estimo
vuestra inclinacion valiente,
que no quiero que el amor
sino el valor me aconseje.
Seguid al África al rey...
cuya vida Dios conserve,
que es la sangre de los nobles
patrimonio de los reyes;
pues no quiero que se diga
que las cobardes mujeres,
quitan el valor á un hombre,
cuando es razon que le aumenten.
Esto os aconseja el alma,
aunque como el alma os quiere,
más, como agena lo dice,
si como propia lo siente.
(Se va por la derecha.)

ESCENA V.

D. LOPE y D. JUAN.

LOPE. ¿Habeis visto en vuestra vida
igual valor?

JUAN. Dignamente,
es bien que lenguas y plumas
de la fama lo celebren.
LOPE. ¿Y vos, qué me aconsejais?
JUAN. Yo, don Lope, de otra suerte
os respondiera.
LOPE. Decid.
JUAN. Quien ya colgó los laureles
de Marte y en blanda paz
ciñe de palma las sienes,
¿para qué otra vez, decidme,
ha de limpiar los paveses,
tomados de orin y polvo
en que ahora yacen y duermen?
Que yo los limpiara es justo,
á no estar por una muerte
retirado y escondido;
mas no es razon ofrecerme,
que á los ojos de su rey
llega mal un delincuente.
Si esto me disculpa á mí,
bastante disculpa tiene
quien ya, como vos, soldado
fué y bueno. No os vais, creedme,
aunque un hombre os acobarde
y una mujer os aliente.
(Váse por el foro.)

ESCENA VI.

D. LOPE.

¡Válgame Dios! ¡Quién pudiera
aconsejarse prudente (Sentándose.)
en sus dudas y temores!
¡Quién hiciera cuerdamente
de sí mismo otra mitad,
porque en partes diferentes
pudiera la voz quejarse
sin que el cuerpo lo supiese!
¡Pudiera sentir el pecho
sin que la voz lo dijese!

¡Ay de mí! Fuerza es quejarme,
mas no sé por dónde empiece.
¿Osará decir mi labio
qué tengo?... Lengua, detente...
¡No digas que tengo celos!...
¡Ah, ya lo dijo! y no puede
volverse al pecho la voz!... (Levantándose.)
¡Oh, vergüenza!... ¿Quién es este
caballero de Castilla
que á las puertas y á las redes
de mis ventanas clavado,
estátua viva parece?
En la calle, en el paseo,
en la iglesia atentamente
es girasol de Leonor,
bebiendo sus rayos siempre!—
¡Duda cruel!—¿Qué será,
darme Leonor fácilmente
licencia para ausentarme?—
¿Y por qué el labio me advierte
leal de don Juan de Silva
que no aprueba que me ausente?
¿En más razon no estuviera
que aquí mudados viniesen
de mi amigo y de mi esposa
consejos y pareceres?
Sí, ¡vive Dios! Pero á espacio,
no en mi acalorada mente
vagos fantasmas se fragüen
que al tocarlos desparecen.
N?o es fácil que ese galan
mire á parte diferente
que á mi casa y á Leonor?—
¿Y aun cuando él la galantee,
sin estar correspondido,
en qué me agravia ni ofende?—
Leonor es quien es, y yo
soy quien soy; y nadie puede
borrar fama tan segura
ni opinion tan excelente...
Pero sí puede, ¡ay de mí!
que al sol claro y limpio siempre,

si una nube no le eclipsa,
por lo ménos se le atreve;
si no le mancha le turba,
y si es densa le oscurece!—
¿Hay, honor, más sutilezas
que decirme y proponerme?
¿más tormentos que me aflijan
y más dudas que me afrenten?
¿No? Pues no podrás cegarme
si mayor poder no tienes,
que yo sabré proceder
cuerdo, callado y prudente,
hasta tocar la ocasion
de mi vida ó de mi muerte.

ESCENA VII.

D. LOPE y MANRIQUE.

MANR. De las manos de tu tio
vino á la mia este pliego
por la sucia de un gallego
su lacayo; y yo te fio
que huele á queso y tabaco,
pues trajo en su faltriquera
queso, papel y *funguera*
en consorcio de un pataco.
Fingió saber las noticias
que este encierra, y pedigüeño,
díjome: «diga á su dueño
que no me iré sin albricias.»
LOPE. ¿Y dísteselas? (Abre el pliego.)
MANR. ¿Pues no?
díselas... (Tres empujones
con que, rodando escalones,
hasta la calle bajó.)
LOPE. De mi mayordomo cobra
dobles las que tú le has dado...
MANR. ¡Bah! se las he regalado,
y á mí servirte me sobra. (Váse.)

ESCENA VIII.

D. LOPE.

(Lee.) «Don Lope, no sea vana
»la advertencia que he de hacerte,
»que en interés de tu suerte
»solo mi lengua se allana
»á acousejarte. Mañana
»el rey piensa visitar
»su escuadra; pues junto al mar
»tu quinta está, y es camino,
»dispónla en forma, sobrino,
»que á tu rey pueda hospedar.
»Por si esta mercé entre tantas
»te otorgare venturosa,
»mira que esté allí tu esposa
»á besar del rey las plantas.»
¡Oh! pues que me dan los cielos
con esto ocasion propicia
de acrisolar mi malicia
los quilates de mis celos,
irá Leonor, y entre flores
de mis pensiles amenos,
vivirá allí por lo menos
del estio los ardores.
Y si en ciega obstinacion
el castellano nos sigue,
vive Dios que le castigue
con razon ó sin razon.
(Se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

LEONOR y SIRENA, esta sale recelosa por la puerta del fondo, y despues de asegurarse de que no es observada, llamará en la de la derecha.

LEONOR. ¿Sirena?
SIRENA. ¿Señora mia?
LEONOR. ¡Cuánto tu ausencia me cuesta.

¡Hablástele?

SIRENA. Y la respuesta
en este papel te envia.

LEONOR. Y de palabra qué dijo?

SIRENA. Que si él una vez te hablara,
él se fuera y te dejara.

LEONOR. Con mayor causa me aflijo:
¿para qué el papel tomaste?

SIRENA. Para... traerte el papel.

LEONOR. (Ap.) (¡Ay! pensamiento cruel,
qué fácil entrada hallaste
en mi pecho!)

SIRENA. ¿Pues qué importa
que le tomes y lo leas?
(Ofreciéndosele.)

LEONOR. ¿Eso es bien que de mí creas?

SIRENA. ¿Yo? Si...

LEONOR. Tu intencion reporta,
con abrasarle ó romperle...
(Ap.) (Entiéndeme, necia, y sea
rogándome que le lea.)

SIRENA. (Ap.) (Rabiando está por leerle.)
¿Qué culpa tiene el papel
que viene mandado aquí,
señora, para que así
vengues tu cólera en él?
(Insistiendo en presentarle.)

LEONOR. Pues si le tomo, verás
que es solo para rompelle...

SIRENA. Rómpele despues de leelle...

LEONOR. (Ap.) (Eso sí, ruégame más!)
(Tomando la carta que Sirena le presenta.)
¡Obstinada eres! por tí
rompo la nema y lo leo...
Solo por tí.

SIRENA. ¡Yo lo creo!
ábrele pues.

LEONOR. Dice así.
(Leyendo.)
«Leeonor, si yo pudiera obedecerte
»y pudiera olvidar, vivir pudiera,
»fuera contigo liberal, y fuera

»bastante yo conmigo á no quererte.
»Mi muerte injusta tu rigor me advierte
»si mi vida en amante persevera...
»¡Pluguiera á Dios! y de una vez muriera
»quien de tantas no acierta con su muerte,
»¿Que te olvide pretendes? ¿Cómo puedo
»despreciado olvidar y aborrecido?
»¿No ha de quejarse de dolor el labio?
»Quiéreme tú, que si obligado quedo,
»yo olvidaré despues favorecido,
»que el bien puede olvidarse, no el agravio...»

SIRENA. ¿Lloras leyendo el papel?

LEONOR. ¡Ah, sí!

SIRENA. ¿Son pasadas glorias?

LEONOR. ¡Son unas tristes memorias
que vienen vivas en él!

SIRENA. ¡Quien bien quiere tarde olvida!

LEONOR. ¡Como el que muerte me dió
está presente, brotó
reciente sangre la herida!
¡Ay! este hombre ha de obligarme
con seguirme y ofenderme
á matarme y á perderme,
que aun fuera ménos matarme,
si no se ausenta de aquí.

SIRENA. Pues tú lo puedes hacer.

LEONOR. ¿Cómo?

SIRENA. Oyéndole, que él dice
que en oyéndole una vez
se ausentará de Lisboa.

LEONOR. ¿Cómo, Sirena, podré?
que á trueco de que se vaya
imposibles sabré hacer.
¿Cómo vendrá?

SIRENA. Escucha atenta.
Ya pronto es anochecer,
que es la hora más segura,
porque ni temprano es
para que á un hombre conozcan,
ni tarde para tener
que la vecindad lo note.
De mi señor ya tú ves

que nunca viene á tal hora:
don Luis no dudo que esté
en la calle; puede entrar
á esta sala, donde hableis
los dos, y entónces podrás
decirle tu parecer.
Óyele lo que dijere
y obre fortuna despues.

LEONOR. Tan fácilmente lo dices,
que no le dejas que hacer
al temor ni aun al honor,
que dudar ni que temer.
Ve ya por don Luis. (Váse Sirena.)—Amor,
aunque en la ocasion estés
de rendirme, no podrás.
No es liviandad, honra es
la que á este apuro me trae:
yo me sabré defender;
que cuando ella me faltara,
quedara yo, que tambien
sabria darme la muerte
si no supiera vencer.—
¡Temblando estoy! ¡cada paso
que siento, presumo que es
don Lope, y el viento mismo
se me figura que es él!...
¿Si me escucha?—Si esta estancia
le esconde?—No: miedo fué...
(Levanta la cortina de la puerta izquierda.)
¡Que á tales riesgos se exponga
una principal mujer!

ESCENA X.

LEONOR, SIRENA, con luz, y D. LUIS con ferreruelo.

SIRENA. Entra, que aquí está.

LUIS. ¡Ay de mí!
¡Cuántas veces esperé
esta ocasion! Ya quisiera
no haberla llegado á ver.

LEONOR. Ya, señor don Luis, estais
en mi casa, y ya teneis
la ocasion que habies deseado.—
Hablad aprisa, porque
os volvais, que temerosa
de mí misma, tengo al pie
férrea cadena, y el alma,
de mi aliento puede hacer
al corazon un cuchillo,
y á la garganta un cordel.

LUIS. Ya sabeis, Leonor hermosa...
—si es que olvidado no habeis
pasados gustos, y ya
ignorais lo que sabeis—
que en Toledo, nuestra patria...

LEONOR. (Quién la viese!) (Ap.)

LUIS. Os quise bien.
¿Cómo no? si vuestros ojos...

LEONOR. Sed mas breve; que ya sé
que muchos dias rondásteis
mi calle, y á mi desden
constante siempre tuvisteis
casto amor y ciega fé.

LUIS. Favor os merecí al cabo...

LEONOR. ¡Qué, no han llegado á vencer
lágrimas de amor que lloran
los hombres que quieren bien!

LUIS. Y favorecido ya,
siéndonos tercera fiel
la noche...

LEONOR. ¡Qué no consiguen
una reja y un papel!

LUIS. Tratábamos de casarnos,
cuando me hicieron merced
de una gineta, y fué fuerza
marcharme á servir al rey...

LEONOR. ¡Y á Flandes fuisteis!

LUIS. ¡Sin alma,
que esa en vos me la dejé!
Dimos á Gante un asalto,
y murió valiente en él
un don Juan de Benavides,

caballero aragonés:
la equivocacion del nombre
dió causa para entender
que fuese yo el muerto...

LEONOR. ¡Ah, cuánto
una mentira se cree!
Llegó esa nueva á Toledo!...

LUIS. ¡La de mi desdicha fué!

LEONOR. ¡Yo sin vida la sentí,
con el alma la lloré!

LUIS. Cuál llora, niño mimoso,
juguete que rompió ayer!...
No es cierto?

LEONOR. No: no os fuí ingrata,
que bien puedo encarecer
los sentimientos que hice,
las tristezas que pasé...

LUIS. Bien se miran! (Irónico.)

LEONOR. Persuasiones
de muchos, pudieron ser
bastantes á que en Toledo
me casase...

LUIS. ¡No otra vez
lo repitais! ya lo oí.—
Yo pensando deshacer
tal casamiento, he corrido
hasta que os ví y os hablé,
con equívocas razones
en disfraz de mercader...

LEONOR. Era esposa ya, y honrada;
y pues os desengañé,
¿á que habeis venido aquí?

LUIS. Solo he venido por ver
si hay ocasion de quejarme;
que si culpando tu fe
descansó, iré luego á Flandes,
donde una bala me dé
la muerte, pagando el plazo
que ya me ofreció otra vez.

SIRENA. Gente sube la escalera...

LEONOR. ¡Oh, cielos!

LUIS. ¿Qué debo hacer?

LEONOR. Oscura deja esta sala:
(Á Sirena, que apaga la luz.)
que aquí te quedes es bien,
porque solo á tí te encuentren;
y habiendo entrado quién es,
podrás irte... no á Castilla...
LUIS. ¡Á Flandes quieres, cruel!
LEONOR. Quiero... que en Lisboa quedes,
que ocasion habrá despues,
Luis, para quejarte.
LUIS. ¡Oh, dicha!
LEONOR. ¡Ah! Suelta!
(Dándole la mano, que Luis besa. Sirena conduce á Leonor á la puerta izquierda: al mismo tiempo sale D. Juan por la del fondo.)
SIRENA. Señora, ven.

ESCENA XI.

D. LUIS y D. JUAN.

LUIS. Temerosas las dos se han alejado,
y mi suerte funesta
no me puede guiar, que la casa esta
hasta hoy nunca he pisado:
cerca de mí, ya pasos he sentido!...
JUAN. Creí haber entendido
gentes aquí, y advierto á mi llegada,
que la luz que antes ví ya está apagada?
No sé qué presumir. ¿Pero qué es esto?
¿Quién va? (Tropieza D. Luis en un mueble.)
LUIS. ¡Oh azar!
JUAN. ¿No ois? Responda presto
(Desenvaina y busca con la espada.)
LUIS. Si evitarle pudiera
y este lance esquivar...
JUAN. No me responde?
Pues vive Dios!...
LUIS. Hallé puerta por donde
á la calle salir...
(Huyendo de D. Juan, encuentra la puerta izquierda, y éntrase por ella.)

JUAN. Desenvainada
lengua de acero inquirirá la espada.

ESCENA XII.

D. JUAN, D. LOPE y MANRIQUE, que salen por la puerta derecha.

LOPE. ¿Oscuro este aposento? (Desenvaina.)
JUAN. ¡Hácia este lado nuevos pasos siento!
(Tropieza su espada con la de Lope.)
MANR. ¿Espaditas? escapo diligente,
que á oscuras nunca he sido yo valiente. (Váse.)
JUAN. Hidalgo, si lo sois, diga su nombre.
LOPE. Ya, á tal pregunta, es fuerza que me asombre:
¿quién armado mi nombre me pregunta?
JUAN. Es de mi espada la acerada punta;
que porque hableis sospecho,
que ha de abriros mil bocas en el pecho.
LOPE. ¡Vive Dios! que he de ver si vuestro brio
puede fácil abrirlas en el mio.
(Cruzan las espadas y sale Manrique con luz.)

ESCENA XIII.

LOS ANTERIORES, LEONOR, SIRENA y MANRIQUE.

MANR. ¡Que aquí se matan dos! acudid presto!
LOPE. ¡Don Juan!
JUAN. ¡Don Lope!
LEONOR. ¡Ay cielos!
LOPE. ¿Pues qué es esto?
JUAN. En este cuarto entraba
cuando un hombre salia...
LOPE. ¿Un hombre? (Con marcada turbacion.)
JUAN. Sí.
SIRENA. ¿Seria
alguno que robarnos intentaba?
LOPE. ¿Un hombre? (Mirando á Leonor.)
JUAN. Cierto: y al que preguntando
dió respuesta callando.
LOPE. (Ap.) (Disimular conviene:

no crea que yo puedo
tener tan bajo miedo
que mi valor condene.)
¡Bueno fuera, don Juan, por vida mia,
mataros!

JUAN. ¿Cómo?...

LOPE. Yo era el que salia.

JUAN. ¿Es posible, don Lope?

SIRENA. ¡Ah! buen marido! (Á Leonor.)
¡Sálvenos tu creencia!

LOPE. Sí, yo he sido:
tal vez desconocida
á vos llegó mi voz, de ira que un hombre
me preguntase el nombre
dentro mi propia casa: así ofendida
mi paciencia y cansada,
preferí dar respuesta con la espada.

JUAN. ¡Por Dios que no adivino como fué eso!...

SIRENA. ¡Por cuanto aquí un suceso
no tuvimos amargo sin buscalle!

JUAN. Al penetrar yo aquí desde la calle
á otro hombre hallé, no á vos, y es cosa cierta
que no ha podido franquear la puerta,
que perenne guardé?

LOPE. Con todo, os digo
que he sido yo, don Juan. (Recalcado.)

JUAN. ¡Es cosa extraña!

LOPE. (Ap.)
(¡Cuánto la obstinacion á un hombre daña
de un ignorante y oficioso amigo!)

JUAN. Dudando estoy...

LOPE. Pues si por cosa cierta
teneis, que dentro ha entrado
otro que no era yo, y aun no ha marchado,
guardadme de la calle vos la puerta,
en tanto á mis certezas pongo tasa,
y que examino con rigor mi casa.

JUAN. Argos de su cancel seré yo en ella,
y haré, si él baja, mia tu querella:
mirar seguro puedes. (Se va.)

SIRENA. (Á Leonor.)
(¡Bien nos tendió este pícaro sus redes!)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos D. JUAN.

LOPE. (Ap.) (Hoy seré cuerdamente,
si es que ofendido estoy, el más prudente;
y en la venganza mia
tendrá ejemplos el mundo,
que no en mi acero, en mi callar la fundo.
Ea, Manrique, guia
con esa luz...

MANR. ¿Yo? no oso.
¿No sabes que de duendes soy miedoso?

LOPE. (¿Qué iba yo á hacer? llevarle de testigo?)
(Tomando la luz de mano de Manrique, se dirige á la puerta del cuarto donde se ocultó D. Luis Leonor se interpone é intenta detenerle; pero su esposo la aparta con reconcentrado furor.)
Dame y marcha de aquí, pues tienes miedo.
(Se va Manrique.)

LEONOR. Excusad esta estancia, que yo puedo
declarar que no hay nadie...

LOPE. ¡Soltad, digo!..
(Entra en el cuarto, y queda oscura la sala.)

ESCENA XV.

LEONOR y SIRENA.

SIRENA. ¡Ay, señora!

LEONOR. ¡Qué suerte
la mia tan airada!
estoy, desesperada,
por darme aquí la muerte!
(Escucha por la puerta del cuarto por donde entró D. Luis.)

SIRENA. Dios quiera que no tope
á don Luis escondido aquí don Lope!
Don Luis pensó salia
por la puerta á la calle...

LEONOR. No hables, Sirena; impórtame escuchalle.

SIRENA. No hay voces, ni rumor, ni algarabía...
¿Habráse evaporado
nuestro galan? ¡Qué veo! Ya le ha hallado!
LEONOR. (Con voz ahogada y apoyándose en un sillon.)
¡Ah!
SIRENA. Escápate...
LEONOR. (Sentándose.) ¡Ay, no puedo!
¡Cadenas pone el miedo
á mi trémula planta!...
SIRENA. (Sosteniéndola.)
¡Al ménos de esa silla te levanta!

ESCENA XVI.

DICHAS, D. LOPE. con luz, y D. LUIS.

LOPE. No os encubrais, caballero.
LUIS. Detened, señor, la espada,
que en la sangre de un rendido.
más que se ilustra, se mancha.
LOPE. ¿Quién sois? Descubrid el rostro...
LUIS. (Desembozándose.)
Por los celos de una dama
dí á un caballero la muerte,
cuerpo á cuerpo y en campaña.
Vine á ampararme á Lisboa,
donde estoy por esta causa
desterrado de Castilla...
LOPE. (Impaciente.)
Por qué ese cuarto os guardaba,
me importa saber tan solo.
LUIS. He sabido esta mañana,
que aquí un hermano del muerto,
cautelosamente andaba
encubierto, por vengarse
con traicion y con ventaja.
Con este cuidado, pues,
por vuestra calle pasaba,
cuando tres hombres me envisten
á la puerta de esta casa...
LOPE. ¿Y ese lance?...
LUIS. Fué ahora poco:

inútil juzgué mi audacia
contra tres hombres armados,
y armados de mano airada.
Subíme por la escalera,
y ellos, ó por ver que estaba
en sagrado, ó por no hacer
tan dudosa su venganza,
no me siguieron, y estuve,
creo, en esta misma sala
esperando á que se fuesen...

LOPE. ¿Y sintiendo sosegada
la casa, bajar quisisteis?

LUIS. Pero al salir de esta estancia,
hallé un hombre que me dijo:
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba
que eran mis propios contrarios,
no le respondí palabra;
de una sala en otra entré
hasta esa, y hé aquí la causa
de haberme hallado, señor,
escondido...

LOPE. (Ap.) (¡Dios me valga
y dé prudencia!...)

LUIS. Matadme;
que como yo dicho haya
la verdad, y no padezca
de alguna virtud la fama,
propicia vereis la víctima
sacrificarse en el ara
á un honrado sentimiento,
no á una cobarde venganza.

LOPE. (Ap.) (¿Pueden juntarse en un hombre
confusiones más extrañas?
Si en mi calle ya este hombre
tantos pesares me daba,
¿cuál vendrá á darme escondido
junto á un tesoro del alma?...
(Leve movimiento para herirle.)
¡Vive Dios! ¿Qué iba yo á hacer?
¡rencor mio, sufre y calla!) (Envainando.)
Caballero castellano,
yo me alegro de que haya

sido contra una traicion
sagrado vuestro mi casa;
en ella, á ser yo soltero,
como amigo os hospedara,
porque un caballero debe
amparar nobles desgracias.

LUIS. Mi gratitud será eterna,
y adios. (Váse hácia la puerta del centro.)

LEONOR. (Ap.) (¡Ay! respiro! Qué ansia!)

LOPE. Esperad: quiero salgais
al callizo, no á la plaza.

LEONOR. (Ap.) (¿Qué intentará?)

LOPE. Hasta mi parque
(Abriendo la segunda puerta de la derecha.)
guia esta puerta excusada...
Voy con vos.

LEONOR. (Ap.) (¿Querrá matarle?)

LOPE. Prevenciones tan extrañas
por criados son, que al fin,
como enemigos de casa,
pueden contar que os hallé
aquí, y forzarme á que vaya
respondiendo á quien pregunte
de cuál ha sido la causa.
Porque aunque es cierto que nadie
dude una verdad tan clara,
y yo de mí mismo tengo
la satisfaccion que basta...
¿Quién de una lengua se libra?
¿quién de un miserable escapa?
y si llegase á creer...
¿Qué es á creer? si llegara
á imaginar, á pensar
que alguien pudo poner mancha
en mi honor!... ¿Qué es en mi honor?
en mi opinion, en mi fama,
en el decir solamente
de criados ó criadas,
no tuviera, ¡vive Dios!
vidas que no le quitara,
sangre que no le vertiera,
almas que no le sacara,

y estas rompiera despues
á ser visibles las almas! —
Venid, iréos guiando...
(Toma una luz.)

LUIS. (Á Leonor con respetuosa reverencia, que le responde con otra ceremoniosa y fria, casi imperceptible.)
Guárdeos Dios...

LOPE. (Iracundo.) Pasad.

LEONOR. (¡Helada
tengo la voz en el pecho!)

LOPE. No os vais, Leonor, aquí aguarda.
(Leonor va á marcharse, pero se detiene al mandato de D. Lope y cae desplomada sobre el sillon.)

ESCENA XVII.

LEONOR y SIRENA.

SIRENA. Lo mejor ha sucedido,
señora, en esta desgracia.

LEONOR. Quiéralo Dios, que aun me asusta
la mayor que imaginaba.
¿Si estando inocente tiemblo,
qué fuera siendo culpada?

SIRENA. Valor, señora...

LEONOR. (Intenta levantarse y no puede.) ¡Ay! ¡no puedo
mover mis trémulas plantas!

SIRENA. Pues no aguardes aquí á ese hombre,
que él disimuló su rabia
para matarnos despues...

LEONOR. ¿Si ahora en la oscura enramada
del jardin dará la muerte
al infeliz que su patria
y familia abandonó
por seguirme?...

SIRENA. (Sirena va á escuchar á la puerta.)
No oigo nada...
ya lejos deben estar...

LEONOR. (Hace un esfuerzo y se levanta.)
¡Temor y dudas me matan!...
¡Fuerza es evitar un crímen
á don Lope, en mí recaiga

todo su rencor. No quiero
que una madre desdichada
me maldiga, y que la muerte
de su hijo me eche en cara!...
Corramos...
(Llega á la puerta. Sirena la detiene, y en la pugna, se presenta D. Lope visiblemente conmovido y alterado el rostro.)

SIRENA. ¿Á dónde vas?
LEONOR. ¡Á morir!!..
SIRENA. ¿Señora?
LEONOR. ¡Aparta!...

ESCENA XVIII.

DICHAS y D. LOPE.

LOPE. ¡Leonor! (Desconcertado.)
SIRENA. ¡Ay!
LEONOR. (Temblorosa.) ¿Señor, qué hicisteis?...
LOPE. ¿Yo? (Serenándose.)
LEONOR. ¿No te dijo la causa
conque él entró? Ya supiste...
que él no fué ni yo culpada...
LOPE. ¿Tal pudiera imaginar
quien te conoce y te ama?
no, Leonor; solo deseo
que ya que aquí *él* se declara
abiertamente...
LEONOR. ¿*Él* no dijo
que acaso en Lisboa se halla
por una muerte? cuando ambos
salisteis... aquí... yo estaba...
Y no sé...
LOPE. ¡No te disculpes,
Leonor, mira que me matas!
¿Pues tú, mi bien, de qué habias
de saberlo? Pero basta
que *él* se fió en nosotros
para que de aquí no salga
su secreto; tú no digas (Á Sirena.)
lo que entre los tres nos pasa

á ninguno...

SIRENA. ¿Y á don Juan
tampoco?

LOPE. Ni una palabra:
pensad de ese castellano
que murió...

LEONOR. (Ah!) (Ap.)

LOPE. Mas recatada
quede así su desventura.

ESCENA XIX.

LOS MISMOS y D. JUAN.

JUAN. Tanto don Lope se tarda...
Discúlpeme la impaciencia
de saber lo que aquí pasa:
hallasteis por fin á ese hombre?

LOPE. ¡Por Dios, don Juan, linda gracia
tuvo el registro!

JUAN. ¿Pues qué?

LOPE. ¡Mirado he toda la casa
y me hallé solo conmigo!...
Si aun dudais ved sus estancias
una á una...

JUAN. (Ap.) (¡Oh! ya comprendo...)
¿Á qué, si me desengaña
decir vos que no le hallasteis?...

SIRENA. ¡Dios los tenga en su ignorancia!

LOPE. Con todo, habemos los dos (Á Leonor.)
segunda vez de mirarla! (Toma la luz.)

LEONOR. (Ap.) (Su tranquilidad me aterra!)

JUAN. (Ap.) (¡Qué prudencia y qué arrogancia!)

LOPE. Id delante.—(Ap.) (De esta suerte
el que de vengarse trata
hasta mejor ocasion
sufre, disimula y calla!)

(D. Lope y D. Juan entran en el cuarto de la derecha. Sirena toma una luz y entra con Leonor en el de la izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Frondosa arboleda; un palacio en primer término, á la derecha. En lotananza el mar, por detrás de una agrupacion de rocas. El palacio tendrá átrio con escalinata, puerta practicable, balcon volado, y en el ángulo que da enfrente al espectador, una ventana con rejas, cuyos hierros estarán celados por hojas de hiedra. Un banco de cesped debajo de la ventana, y otro á la izquierda al pie de un árbol. Á poco de levantarse el telon, aparece Sirena al balcon, y despues Leonor.

ESCENA PRIMERA.

SIRENA y LEONOR.

SIRENA. La cansada labor, deja, señora;
de espaciarte ya es hora...
ven un rato al balcon, y en él te sienta.
LEONOR. La vista de ese mar mi angustia aumenta:
á esta horrible prision me trajo un dia,
y hoy me separa de la patria mia.
¡Qué nublo el cielo está!... Ves?
SIRENA. No te importe:
un soplo bastará de viento norte
para mirar deshecho,
ese pardo celaje, y la luz clara

del sol verás brillar...

LEONOR. ¡Oh! si á mi pecho
un soplo de esperanza le bastára
para elejar de sí ruda tormenta,
que en contrarios afectos se alimenta!

SIRENA. ¿Ya vuelves á leer en Jeremias?

LEONOR. ¿Qué otra cosa han de hablar tristezas mias?

SIRENA. Ensancha el corazon, ¿no eres amada
del constante galan á quien prefieres?
No consigues hablarle recatada?
No lo ignora tu esposo? qué mas quier es?

LEONOR. Quiero, Sirena, ¡ay Dios! un imposible:
amar á mi don Luis, que es mi contento,
y ahorrarme el insufrible
atroz remordimiento,
que sin cesar me mata!
Yo al amor de mi esposo soy ingrata:
yo sin mirar mi condicion y estado,
loca esperanza por mi mal he dado
atrevida á un galan que es atrevido,
y más se atreve cuanto más querido!
¿Esto debí yo hacer siendo prudente,
y un tesoro de paz robar al alma?
¡Oh! qué insensata fuí!

SIRENA. Señora, calma
tu inútil padecer; pues ya no queda
remedio alguno que sacarnos pueda
de aqueste laberinto,
dejemos nos conduzca nuestro instinto
por la senda süave que le entramos,
y al azar caminemos:
de astucia y de valor nos proveamos,
y ya en medio la senda nos paremos.

LEONOR. ¡Ah! que es cierto! quién pone de un abismo
el pie en el borde su pendiente baja;
y aunque en lucha mortal consigo mismo,
su rápido descenso ya no ataja;
no hay peligro que ciego no despeñe,
y es fuerza que hasta el fondo se despeñe.
¡Ay! pues esta verdad tan triste toco,
no extrañes, no, mi pensamiento loco
de no dejar la senda comenzada;

sálveme el mismo por quien fuí culpada!
esto diré á don Luis para que venga,
y fin tenga mi amor porque él lo tenga.

SIRENA. ¿Y en carta lo dirás?

LEONOR. Sí; y tú procura
que por tu mano llegue hasta él segura.

SIRENA. Si él viniese á la quinta, fácil puedo,
mas de ir yo hasta Lisboa tengo miedo;
sobre todo á don Juan, que allí ha quedado:
pues no quieres fiarla de un criado,
aguardar á la noche mejor fuera.
Don Lope ha de pasarla en la galera
del rey, has dicho?...

LEONOR. Díjome queria
ver desde ella alumbrar el nuevo dia...
¡Oh! Sirena! Me engaña mi deseo,
ó es el mismo don Luis quien cauteloso
cruzando viene airoso
por la espesa enramada!...

SIRENA. Ya le veo.
(Hace señas con el pañuelo.)
Haréle la señal: ya se apercibe,
y á la mia responde acostumbrada
con su blanco cendal...

LEONOR. Tú le recibe.
por la reja del átrio cuidadosa,
en tanto que yo bajo presurosa
á entretener al Duque Belardino.

SIRENA. Á embarazarnos su presencia vino
con la gente de mar que irá mañana
á bordo de la nao capitana!...
No importa, vé con él, y á mí me deja
al cuidado destotro por la reja.

LEONOR. Ya su paso detiene... se desvia
y oculta senda toma que aquí guia!...
(Se retira del balcon.)

ESCENA II.

D. JUAN, con banda de capitan, y MANRIQUE.

MANR. ¡Entre la tierra y el mar

deliciosa vista es esta!...

JUAN. Mas viendo de nuestra escuadra
las naos y carabelas,
y en medio la Lusitana,
cuya agrupacion de velas
una gigante bandada
de blancos cisnes semeja.

MANR. Van y vienen mil barquillas
desde los buques á tierra,
y desde el puerto á los naos...

JUAN. En alegre competencia,
unas con las alas corren,
otras con los remos vuelan.
¡Cuánto ansio estar ya á bordo!

MANR. ¿Y es posible que nos dejas
para ir á pisar del África
las abrasadas arenas?

JUAN. Hacerme le plugo al rey
tal merced en su clemencia.

MANR. ¿Y partis pronto?

JUAN. Mañana
se dice que el ancla leva
la escuadra, si favorable
le sopla el viento de tierra.

MANR. ¿Y va mi señor?

JUAN. Por Cristo,
que dejes preguntas necias,
y ve á decir que he llegado
de Lisboa.

MANR. ¿Qué, no entras?
Irás á montar la nave
sin quitarte las espuelas?
ve que no es corcel...

JUAN. (Empuñando.) ¡Menguado,
vive Dios!...

MANR. Por él se tenga,
que más que darle consejo
lucir quiere una agudeza.
(Éntrase en el palacio.)

ESCENA III.

D. JUAN, á poco D. LUIS, y despues SIRENA á la reja.

JUAN. Con Lope hablar me estorbaran
los que adentro en conferencia
sin duda estan con el Duque.
Antes de partir es fuerza
que yo á mi amigo confie
mis recelos, y le advierta...
¿Mas qué veo? ¿No es don Luis
aquel hombre? ¿Mis sospechas
vendrán á ser realidades?...
¡Bien lo temí! Con cautela
de esos troncos amparado
puedo oir...
(Se oculta detrás de los árboles y sale D. Luis por junto á la reja.)

LUIS. Fortuna adversa,
¿habrás trocado por fin
el influjo de mi estrella?

JUAN. (Ap.) (Nadie en la reja aparece...)
(Sale Sirena á la reja.)

SIRENA. ¡Ce! ce! Don Luis?...

LUIS. ¡Oh! ¿Es Sirena
la que me habla?

SIRENA. Y tu criada,
señor, con felices nuevas.
En este te habla Leonor...
(Dándole un papel.)

LUIS. ¿Amor?

SIRENA. Sí.

LUIS. ¡Ah! Ten... (Le da un bolsillo.)

SIRENA. ¿Me da el caballero?...

LUIS. Dinero.
¿No eres mi fiel mensajera?

SIRENA. ¡Tercera!

LUIS. Dí, ¡quién la vida me diera!...

SIRENA. Tiénesla, feliz galan,
porque de concierto van.
amor, dinero y tercera:

vete y vuelve presuroso.

LUIS. ¡Dichoso!

SIRENA. ¿Y en respuesta qué diré?...

LUIS. Volveré.

SIRENA. ¿Luego la traerás por tí?

LUIS. Aquí.

SIRENA. ¿Quejaraste ahora de mí
y de tu infeliz estrella?

LUIS. ¡Ah! no: pues logré vencella;
dichoso volveré aquí.

SIRENA. Teme si acechando estan
al galan;
que hay guarda en este vergel...

LUIS. Por él
tornaré con precaucion.

SIRENA. Cual ladron
que espia buena ocasion.

LUIS. Si me viesen...

SIRENA. Corra bueno
porque en el cercado ageno
el galan es cual ladron.

(Se retira Sirena y se va D. Luis.)

ESCENA IV.

D. JUAN.

Cielos, ¿qué estuve escuchando?
¿qué es lo que pasa por mí?
Será cierto lo que oí
ó es quizá que estoy soñando?
No: dudas de ayer trocando
por tristes certezas de hoy,
en grande apuro me veo,
que en la obligacion me creo
de proceder como soy
de Lope amigo. Yo estoy
en su casa, que lo es mia...
Su vida y honra me fia...
¿pues, cómo, cielos, podré
ser ingrato á tanta fe,
amistad y cortesia?

¿Podré yo ver y callar
que su limpio honor padezca,
sin que mi vida le ofrezca
para ayudarle á vengar?
¿Podré yo ver murmurar
que este castellano adore
á Leonor, que la enamore,
y dé Leonor lugar?...
¿y padeciendo su honor
yo lo sepa y él lo ignore?
No podré, no. Y si él quedara
satisfecho haciendo mia
la venganza en este dia,
á ese galan yo matara,
Á él, sin él, yo le vengara
prudente, advertido y sabio,
mas de la intencion del labio
satisfaccion no se alcanza,
si el brazo de la venganza
no es del cuerpo del agravio.
Yo á don Lope le diré
clara y descubiertamente
que al África no se ausente...
Mas si me dice ¿por qué?
¿cómo le responderé
la causa? Duda mayor
es esta; que al que el valor
eterno le previene,
quien dice que no le tiene
es quien le quita el honor...
¿Qué debe hacer un amigo
en tal caso? pues entiendo
que si me callo le ofendo,
y le ofendo si lo digo...
Oféndole si castigo
su agravio... Yo fuí su espejo...
¿Por qué bien no le aconsejo?
Mas él mismo viene allí...
no ha de quejarse de mí,
él me ha de dar el consejo.

ESCENA V.

DICHO, D. LOPE y MANRIQUE, á la puerta del palacio.

LOPE. Vuelve á entrar, Manrique, y dí
al Duque que aquí ahora estoy
con don Juan mi amigo.
MANR. Voy.
LOPE. Y añade que ambos aquí (Váse Manrique.)
le veremos. (¡Ay de mí! (Ap.)
¿qué puede haber sucedido
que sacarme aquí ha querido?)
JUAN. ¿Don Lope? (Dándole la mano.)
LOPE. ¿Pues vos acá?
(Ap.) (¡Oh! como un cobarde está
siempre á su temor rendido!)
¿Qué hay de la córte?
JUAN. Yo vengo,
en la amistad de los dos,
á aconsejarme con vos
sobre una duda que tengo.
LOPE. (Ap.) (¡Ya para oir me prevengo
alguna desdicha mia!)
Decid...
JUAN. Un caso me envia
un amigo á preguntar,
y quiérosle consultar,
que es grave. Jugando un dia
dos hidalgos, se ofreció
una duda—en caso tal
forzosa—sobre la cual
uno á otro desmintió!
Con las voces no lo oyó
el mísero desmentido:
un su amigo lo ha sabido,
y que se murmura de él,
y por serlo tan fiel
esta duda le ha ocurrido:
¿si este tendrá obligacion
de avisarle claramente
al desmentido inocente;

ó si dejar es razon
que padezca su opinion,
pues él no basta á vengalle?
Si lo calla es agravialle,
y si lo dice es error
de amigo... ¿cuál es mejor?
que lo diga, ó que lo calle?

LOPE. Dejadme pensar un poco.
(Ap.) (¡Honor, mucho te adelantas,
que una duda sobre tantas
bastará á volverme loco!
En otro sujeto toco
lo que ha pasado por mí!
Don Juan pregunta por sí...
luego alguna cosa vió?...
haré que lo diga?... ¡No!
conviene que calle... ¡Sí!)
Don Juan, yo he considerado,
si es que mi voto he de dar.
que no puede un hombre estar
ignorante y agraviado:
aquel que no le ha avisado
su afrenta, por no vengalla,
es quien culpado se halla.

JUAN. Pero en un caso tan grave...

LOPE. No yerra el que no lo sabe,
sino el que lo sabe y calla.

JUAN. ¿Luego al otro ha de advertir?...

LOPE. No; si un amigo cual vos,
siendo quien somos los dos,
se atreviéseme á decir:
«¡Te han llegado á desmentir!...
»¡Tamaño ultraje repara!...»
el primero en quien vengara
mi deshonra, fuera en él!
¿No veis que es cosa cruel
para dicha cara á cara?

JUAN. ¿Si á ello le impulsa un rigor
de amistad?...

LOPE. Ni aun en su nombre,
nunca se le puede á un hombre
decir: ¡No teneis honor!!

¿Darme el amigo mayor
el mayor pesar? Testigo
es Dios, otra vez lo digo,
que si yo me lo dijera
á mí la muerte me diera,
y soy mi mejor amigo.

JUAN. Ya quedo ahora de vos
enseñado, eso y diré;
y á ese amigo avisaré
que calle. Quedad con Dios.
(Éntrase al palacio.)

ESCENA VI.

D. LOPE.

¿Quién duda que entre los dos
pasa el caso que ponia
un tercero, y que sabia
que Leonor matarme intenta?
Pues él, que supo mi afrenta,
sabrá la venganza mia...
Lo cierto importa saber...
Pero no. No hay que esperar,
que quien llega á sospechar
no ha de llegar á creer
ni esperar, á suceder
el mal que le ha de matar...
Yo haré... Se acerca Leonor,
Desde que sé que mi honor
con torpe intencion mancilla,
¡ay! mi arrogancia se humilla,
á su vista, de rubor.
¡No fuera fiel como es bella!
Quiero y no puedo ofendella,
y hasta en mi delirio insano
envidia del castellano
tengo, que es amado de ella.
(Se dirige al palacio y se detiene al ver salir al Duque, y quédase pensativo apoyado en un árbol lejano del palacio.)

ESCENA VII.

DICHOS, el DUQUE, D. JUAN, Caballeros y Soldados. LEONOR y SIRENA, Damas y Pajes en el átrio.

DUQUE. Hasta aquí nada más te lo permito,
no lleves tu atencion más adelante,
que es á mis blancas canas ya bastante,
y agradecido estoy, te lo repito,
á la tierna acogida que me has hecho,
LEONOR. Pláceme veros de ella satisfecho,
y adios, señor.
DUQUE. Leonor, no me despido,
que tal vez vuelva á verte.
LEONOR. Ese honor pido.
(Se retira. El Duque y los suyos bajan del atrio.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ménos LEONOR y SIRENA.

JUAN. ¿Decis, señor, que el rey ya se previene
y ranchos y soldados prontos tiene?
DUQUE. Desque dejó esta quinta á bordo queda,
para que fácil pueda
al despuntar la aurora de mañana,
zarpar la capitana,
de las naos seguida
llevando en su convés gente lucida,
que ha de imitar con plumas y colores
del sol los rayos, del abril las flores.
¿Don Lope, no llegais?
LOPE. (Ap.) (Temblando llego,
que esta pena, esta rabia y este fuego
tan cobarde me tiene,
que sospecha me aviene
con vergüenza, dolor y cobardia,
que todos saben de la afrenta mia!)
Perdónale, señor, á mi esperanza,
que ir al África insiste; tu privanza
con el rey Sebastian,—que tanto fia

de tu prudencia,—á la demanda mia
de partir á la guerra, ¿qué ha alcanzado?

DUQUE. Lo mismo que otra vez te tengo hablado:
dijo: «Si de don Lope yo tuviera
en África la espada, yo venciera
la morisca arrogante bizarría.»

LOPE. (Queriendo leer en el rostro del Duque.)
¿Pues por qué condenar la espada mia
á que de orin se cubra?

DUQUE. «Estar casado,
«nos priva, dijo, de tan buen soldado.»

LOPE. Pues por estarlo creo que me llama
la honra de mi mujer á mayor fama;
doble es mi empeño del que ayer tenia,
que hoy debo conquistar la suya y mia.
¿No lo creeis así? (Con ansiedad y temor.)

DUQUE. Yo así lo creo:
pero advertid que el rey no encuentra justo
descasaros tan pronto por su gusto; [alta,
que en vuestra casa, aunque su empresa es
dijo que más que en África haceis falta.
(Queda D. Lope como herido del rayo. Se van el Duque y los suyos, y D. Juan entra en palacio.)

ESCENA IX.

D. LOPE.

¡Válgame el cielo; ¿qué es esto,
por qué pasan mis sentidos?
Alma, ¿qué habeis escuchado?
ojos, ¿qué es lo que habeis visto?
¿Tan pública es ya mi afrenta
que ha llegado á los oidos
del rey? ¡Qué mucho, si es fuerza
ser los postreros los mios!
¿Hay hombre más infelice?
¿Merezco yo tal castigo?
¡Decirme el rey por el labio
de su privado mi tio,
que haré yo falta en mi casa!
¡Justicia de Dios conmigo!

¡Oh! ¡locas leyes del mundo!
¡Que un hombre que por sí hizo
cuanto pudo para honrado
no sepa si está ofendido!
Pero ¡ah! tan necias costumbres
respetar será preciso,
que solo para vengarlas,
no para enmendarlas, vivo.
Esto será. Á esa mujer,
ocasion de este ludibrio,
culpada, ó aun inocente,
he de matar vengativo,
aunque en esto al vulgo pague
deuda que no ha contraido...
¡Sí!... pero á espacio mi honor,
no por alarde de altivo,
ante el mundo malicioso
me deshonre yo á mí mismo
si revela la venganza
lo que el agravio no dijo.
No. Hasta poder logralla
con más pruebas y ocasion,
ofendido corazon,
sufre, disimula y calla!
¡Ahora es fuerza prevenir
medio que hasta el rey me allegue,
y aunque él licencia me niegue
con él al África he de ir.
No sin llevar mi venganza
satisfecha. Ya allí honrado,
moriré oscuro soldado
en la punta de una lanza!
¿Barquero? (Sube á las rocas y llama.)

ESCENA X.

DICHO y el BARQUERO.

BARQ. (Desde la roca.) ¿Señor?
LOPE. ¿No tienes
un barco apresiado?
BARQ. Sí,

no faltará para tí,
aunque en mala ocasion vienes,
que por ver á Sebastian
nuestro rey (que el cielo guarde)
hasta su nao esta tarde
mil barcos vienen y van.

LOPE. Pues prevente, porque tengo
que ir hasta la nao yo.

BARQ. ¿Ha de ser luego?

LOPE. ¿Pues no?

BARQ. Al instante le prevengo. (Se va.)

ESCENA XI.

D. LUIS y D. LOPE. Este ha subido sobre una de las rocas para observar cómo el Barquero apareja el barco. D. Luis sale por junto á la reja, y sin ver á D. Lope, ni que este se aperciba, esconde una carta entre la hiedra de la ventana: á poco de esto baja D. Lope, ve á D. Luis y se queda observándole.

LUIS. (Colocando una carta y sacando otra del pecho.)
¡No ya mis amargas quejas,
mis dichas escondo así!

LOPE. ¡Ah! ¿qué veo? ¿ese hombre aquí
inquiriendo de mis rejas?

LUIS. Otra vez quiero leer
letras de mi vida jueces,
porque ya es placer dos veces
el repetido placer.
(Lee.) «Esta noche debe pasarla don Lope.
»con su tio el Duque, á bordo de la nao del
»rey: aseguraos por vos mismo, de cuando
»estan ya en ella y volved aquí, donde ha-
»brá ocasion para que acabemos vos de
»quejaros y yo de disculparme: un lienzo
»en mi reja será señal de que fácil y seguro
»podreis llegar hasta mí: Dios os guarde.
»Leonor.»
¡Que no haya barca que pueda
llevarme! ¡suerte importuna!...
ya he recorrido una á una
todas, y *ninguna queda.*

(Sube hácia las rocas á mirar.)

LOPE. ¡Desde que leyó el papel
su gozo apenas contiene!...
¡Oh! ¿no ha de gozar, si viene
su triunfo y mi afrenta en él?
¡Qué cobarde es el honor!
nada escucho, nada veo
que no encienda mi deseo
de venganza. Y el rencor...
de mi furia en su arrebato,
tal me ciega y enloquece,
que hasta por bueno me ofrece
un cobarde asesinato!...
(Contiene la accion, que instintivamente le hizo llevar la mano á su daga. D. Luis, hasta que baja, no se apercibe de D. Lope.)

LUIS. ¡Ah! don Lope aquí?...

LOPE. Rigor,
disimulemos; y dando
rienda á toda la pasion,
esperemos la ocasion
sufriendo y disimulando.

LUIS. ¿Señor?... (Saludando.)

LOPE. (Ap.) (La serpiente halaga
con el pecho de iras lleno;
yo, hasta verter mi veneno,
es bien que lo mismo haga.)
En muy poco, caballero, (Saludándole.)
mi ofrecimiento estimais,
pues que nada me mandais
cuando serviros espero.

LUIS. ¿Vos á mí?

LOPE. Vuestra extrañeza
solo lo puede evitar.

LUIS. Nunca ha podido olvidar
mi gratitud y nobleza,
muy propia en un castellano,
el favor que os merecí,
por el que os ofrezco aquí
de amigo leal la mano.
(Le alarga la mano, que D. Lope titubea en aceptar, y no toma.)

LOPE. Tan obligado quedé
de vuestra gran cortesia,
discrecion y valentia,
que ya en Lisboa os busqué
para que á vuestro valor
servir mi espada pudiera,
cuando otra vez pretendiera
vengarse el competidor
que aquí os busca aventajado,
tanto, que de cualquier suerte
pretende daros la muerte
cuando esteis más descuidado.

LUIS. Yo, señor don Lope, estimo
merced que pagaros quiero,
mas hoy, como forastero,
á pediros no me animo
que en esta ocasion me honreis,
por no empeñaros, señor,
con ese competidor
de que vos me defendeis!
(Con burlona intencion.)
Fuera de que ya los dos
estamos amigos creo,
pues ya le hablo y le veo
del modo que estoy con vos.

LOPE. (Con amenaza y conteniéndose apenas.)
Créolo; pero mirad
vuestro riesgo con cuidado,
que amistad de hombre agraviado
no es muy segura amistad.

LUIS. Yo al contrario siento y digo
cuando su amistad procuro,
¿de quién no estaré seguro
si lo estoy de mi enemigo?

LOPE. Aunque argüiros podia
con razon ó sin razon,
seguid en vuestra opinion
que yo seguiré la mia.
Y decidme, ¿qué buscais
por aquí?

LUIS. Un barco quisiera
que del rey á la galera

me lleve...

LOPE. ¡Oh! Á tiempo llegais!
(Acogiendo con placer la idea de D. Luis.)
Que he de serviros creed,
pues ya le tengo fletado.

LUIS. Ocasion la gente ha dado
á recibir tal merced
de vos; la acepto: no ha habido
barco que tomase, y quiero
ver funcion que considero
que otra vez no ha sucedido.

LOPE. Conmigo ireis. (Ap. y sube á la roca.)
(Ya llegó
la ocasion de mi venganza!)

LUIS. (Ap.) (¿Cuál hombre en el mundo alcanza
mayor fortuna que yo?
La mia á este hombre ha traido;
dejándole allá, volver
puedo aquí. ¡Que venga á ser
mi tercero su marido!)

LOPE. ¡Há la barca! (Llamando.)

ESCENA XII.

DICHOS y el BARQUERO.

BARQ. (Aparece en la roca.) ¿Atraco?

LOPE. (Al Barquero, bajando.) Entrad
vos en el barco primero,
porque yo á un criado espero...
pero no; vos le esperad,
pues conoceis mi criado.
¿Al barco nos vamos ya?... (Á Luis.)

BARQ. No entreis en él, porque está
solo á una cuerda amarrado
que no estará muy segura.

LOPE. Buscad al criado vos,
que allí esperamos los dos.

LUIS. (Ap.) (¿Quién ha visto tal ventura?
¡Que me lleve de esta suerte
el mismo hombre á quien me atrevo!)

LOPE. (Ap.) (Sonrie, loco mancebo,

¡vive Dios! ante una muerte
segura, cruel.!. presurosa...
tanto, que llego á dudar
si el vivo llevo á la mar
ó al muerto arrastro á la fosa!)
(Suben por las rocas y desaparecen.)

ESCENA XIII.

EL BARQUERO.

El criado no vendrá
(Sentándose sobre las rocas.)
en mil horas, segun creo... (Pausa.)
Mas ¡Jesus! ¿qué es lo que veo?...
desasido el barco está...
¡rompióse la cuerda!... ¡Dios
solo los puede librar!—
¡No ha duda! pronto en el mar
tendrán sepulcro los dos!
Llamar quiero á los criados
de aquesta quinta; ¡hola! gentes!...
(A la puerta.)
presto, acudid diligentes
á salvar dos desdichados
que son presa de la mar!

ESCENA XIV.

DICHO, MANRIQUE y D. JUAN.

MANR. ¡Qué gritos!
JUAN. ¿Por qué dais voces?
BARQ. Para que acudais veloces
á dos que han de zozobrar
y morir. Dos caballeros
que mi barco ahora fletaron,
y que por el mar se entraron
sin timon y sin remeros.
Se anuncia una tempestad,
y si estalla, ¡ay de los dos!

JUAN. ¿Y qué podemos, por Dios,
hacer en su auxilio?...
BARQ. Dad
órden á aqueste criado
que al puerto vaya á buscar
buzos que sondan el mar!...
yo iré por estotro lado
mientras él por ese acude...
MANR. Sé de una barca que está
pronta y que salir podrá.
JUAN. Pues corred...
BARQ. ¡Dios nos ayude!
(Á Manrique, que se va.)

ESCENA XV.

D. JUAN, LEONOR, SIRENA, y dos criados con hachas encendidas.

LEONOR. Decidme, señor don Juan...
JUAN. Mándeme vuestra merced.
LEONOR. ¿Qué ha dado causa á unas voces
que confusas escuché?
JUAN. Un imprevisto fracaso:
dos hombres que por querer
llegar á la Lusitana,
á cuyo bordo está el rey,
en frágil barco metiéronse
sin remos ni timonel,
que rumbo en el mar les diese
y náufragos son ya en él:
esto, segun un barquero
dijo ahora.
LEONOR. Y socorrer,
don Juan, á esos desdichados
no es ya posible?
(Relámpagos y ruido de tempestad lejana y mugir del viento.)
JUAN. Tal vez,
y á ese intento fué Maurique
con otro hombre en busca de

gente adiestrada en la mar,
que es la que puede vencer
sus peligros.

LEONOR. ¿Por don Lope
nada debemos temer
en esta desgracia?...

JUAN. Juzgo
que ha tiempo á la nao fué,
segun me advirtió.

LEONOR. ¿Y pensais
vos, don Juan, partir tambien
al África con mi esposo?

SIRENA. (Ap. Toma el papel que dejó D. Luis y pone un pañuelo en la reja.)
¡Ah! Dios lo haga.

JUAN. Responder
seguro á vuestra pregunta
no puedo: sólo os diré
que yo me apresto á marchar,
si va Lope no lo sé.

LEONOR. ¡Oh! si un amigo cual vos
ignora...

SIRENA. (Ap. á Leonor.) Tengo el papel
que dejó don Luis oculto.

LEONOR. Coloca un lenzuelo, pues,
al descuido en esa reja. (Á Sirena.)

SIRENA. ¿Soy yo lerda? ya le até.

LEONOR. Yo me retiro, don Juan,
la noche está como veis,
borrascosa, el accidente
que relatado me habeis
de esos hombres, me ha apenado...
licencia me conceded
de retirarme, y adios.
(Va á retirarse, pero se detiene en el átrio al oir la voz de D. Luis.)

JUAN. Que él os guarde.

SIRENA. (Ap.) (Á mí de ucé.)

LUIS. (Dentro.) ¡Válgame el cielo!

LEONOR. ¿Qué voz
tan lastimera discurre
el viento?

JUAN. (Toma un hachon de mano de un criado y sube á las rocas.)
En tierra no hay nadie:
en las ondas se descubre,
pero muy confusamente,
un hombre! osado presume,
ganar la costa!... parece
que hácia nosotros le induce,
piedad del cielo...
(Se quita la banda que cruza su pecho y la deja descolgar hácia el mar.)

LEO OR. ¡Ah! salvadle!

JUAN. Sí: que mis brazos ayuden
sus esfuerzos!... Esta banda...

ESCENA XVI.

DICHOS y D. LOPE.

Arrecia la tempestad y aparece D. Lope por detrás de las rocas con el vestido y cabello mojados y en desórden; despues de bajar se arrodilla y besa el suelo.

JUAN. Asios de ella...

LOPE. (Se postra.) ¡Oh tierra! dulce
al hombre! (Bajando.)

JUAN. ¿Qué es lo que veo?

LEONOR. ¡Don Lope!

JUAN. ¿Amigo?

LOPE. No puede
hallar puesto mas piadoso
que aqueste en mis inquietudes
y fatigas: ¡ah! Leonor,
viéndote no es bien que dude
que el cielo me ha reservado,
en sus favores comunes,
tamaño bien en descuento
de la grande pesadumbre
que me aflige...

LEONOR. ¿Cuál?

JUAN. ¿Qué fué?

LOPE. (Á Leonor.) Oid; y tú no me culpes

de desvio ni cautela,
si, sin tu permiso tuve
intencion de ver al rey,
porque á las tropas me ajunte
que al moro van á hacer guerra.
A este querer mio pude
fletar un barco, y teniéndole
ya pronto, á que el agua surque
y al remo puesta la mano,
un caballero me acude,
castellano por el habla...

LEONOR. ¿Castellano?

LOPE. Sí; de él supe
que era don Luis Benavides.

JUAN. (Ap.) (Qué oigo?)

LEONOR. (Ap.) (¿Qué el alma presume?)
Seguid...

LOPE. Díjome; que por
forastero, á quien se suple
un cortés atrevimiento,
me ruega que no le culpe,
al pedirme que en mi barco
le lleve... que es bien procure
llegar al del rey...

LEONOR. ¡Ah!

JUAN. ¿Y vos?...

LOPE. Díle bordo. Apenas hube
dádosele, y el esquife
de los dos el peso sufre...,
—que en tierra el Barquero estaba—
cuando el cable, á quien le pudren
saladas aguas del mar,
rompióse en dos: nos desune
de la costa y lanza el barco
por las olas, que le suben
endiendo espuma á los cielos,
ó que hasta el abismo le hunden.
Llega en fin la mas gigante,
dános tan violento empuje,
que al leño trasforma en flecha
disparada de las nubes,
y á herir va á esas rocas, cárcel

de las corrientes azules.
Yo al golpe vacilo, caigo...

LEONOR. ¿Y don Luis?...

LOPE. (Sarcasmo horrible.) ¡Don Luis! No pude
impedir, aunque lo quise,
que ahogado el mar le sepulte!

LEONOR. (Cae desmayada en los brazos de D. Lope, que se estremece al contacto y la entrega á Sirena. D. Juan le presta apoyo.)
¡Ay de mí!

JUAN. (Ap.) (¡Logró vengarse!)

LOPE. Llevadla: la pesadumbre
de mi pasado peligro
la afligió. Que no le escuchen
corazones de mujer
debí preveer.

LEONOR. ¡Ah! (Volviendo en sí y sollozando.)

JUAN. Le acude
aliento ya... (Llevándola hácia el átrio.)

LOPE. Esos sollozos
(Escuchando los reprimidos suspiros que Leonor instintivamente dirige hácia el mar.)
aliviarán la que sufre
pena amorosa: hasta el lecho
la llevad y allí acumule
en la soledad ese llanto
consolador... (Á Sirena con amarga ironía.)

JUAN. Mal encubre
su rencor, en fria calma. (Ap.)
¿Vamos?...

LEONOR. ¡Ay!

JUAN. (Ap.) (¡Que Dios la ayude!)
(Éntranse en el palacio.)

ESCENA XVII.

D. LOPE, solo.

Completa oscuridad. D. Lope visiblemente afectado se deja caer en un banco con apariencia de enagenacion mental, y distraido despues de una pausa, saca instintivamente la daga que contemplará gozoso.

Fino es tu temple acerado!...
(Arrecia la tempestad.)
cuán diestra tu punta fiel
supo hallar este papel
más temido que buscado!
Tu gloria tambien lo es mia,
pues te guió mi razon
á herir sobre un corazon
que bajo un papel latia!...
Sus letras!... Qué dirá en ellas? (Relámpago.)
Descifrarlas mi furor
no puede ni aun al fragor
(Se levanta y procura leer el papel.)
de rayos y de centellas!...
Noche de estragos horrible...
(Insistiendo en leer.)
auméntalos, que á mis celos
trocado te han ya los cielos
(Desesperado porque no alcanza á leer.)
en serena y apacible!...
Pero, ¿á qué me canso en vano
por saber lo de este escrito?...
¿No es ya de Leonor delito
haber puesto aquí su mano?
No ultrajó así mi decoro
esa liviana hermosura...
que por mayor desventura,
¡ay Dios! tanto y tanto adoro?
(Abatido se deja caer sobre un banco.)
¿Lágrimas? oh! Qué hábilmente,
(Contemplando en la mano las que vertieron sus ojos.)

por lo que de agua teneis
el fuego apagar quereis
del volcan que arde en mi frente!
No os agolpeis á mis ojos.
Si acreceis mi oscuridad,
iré ciego á la crueldad
guiado por mis enojos...
Y así mi honra he de perder,
que hoy ya tan solo la funda
en tener oculta al mundo
la infamia de esa... mujer!
(Pone mano á la daga, da un paso para marchar, y se detiene dejando caer la daga.)
No es tiempo aun: sello el labio
mientras que mi honor alcanza
secreta astuta venganza
á disimulado agravio!
Y aquestas letras, tormento
de mi alma no he de ver,
que cenizas han de ser
esparcidas por el viento.
(Con paso vacilante sube la escaleca. Éntrase en el palacio y queda la escena sola por algunos instantes.)

ESCENA XVIII.

EL DUQUE, el BARQUERO, soldados y gente de mar con hachones y cuerdas, etc.

DUQUE. Que no ha sido posible haber salvado
á esos dos caballeros, que atrevidos
se entraron por la mar?
BARQ. Hemos hallado
despojos de mi barco, detenidos
en los huecos, señor, de áspera roca...
DUQUE. ¡Fatal indicio! su imprudencia loca
bien pagaron los dos!
BARQ. Yo te he buscado,
discúlpame, señor, porque he quedado
pobre sin esa barca, pues no tengo
más modo de vivir; con él mantengo,

siquier de pan, en mil riesgos prolijos,
mi anciana madre, mis pequeños hijos.

DUQUE. Otro barco á ese intento pronto labra,
que de pagarle yo te doy palabra.
Mas volviendo á esos hombres, quiénes fueran
averiguar se pudo?

BARQ. Juzgo que eran
porque otra vez, señor, habló conmigo
el dueño de esa quinta, y un su amigo
que extranjero parece.

DUQUE. ¿Qué he escuchado?
Díme que tu memoria te ha engañado...
Que no es don Lope Almeida...

BARQ. El mismo creo.
Ya cien veces, señor, en el estío,
tomó mi barco desde el mar al rio.

DUQUE. Mayor desdicha á mi dolor preveo,
si es cierto lo que dices.
Uno de esos mancebos infelices
es mi amado sobrino: ¡Dios piadoso!
no castigues con fin desastroso
á un valiente soldado!...

MANR. (Dentro.) ¡Pedro! acude,
y con presteza á las rocas sube!...

BARQ. (Tomando un hachon y una cuerda, sube á las rocas y desde allí grita.)
Ha de la mar!...

MANR. Aquí! Náufrago á flote!...
un cabo nos echad que amarre el bote...

BARQ. (Echa el cabo.)
Antes al hombre que nadando advierto...

MANR. Socorro inútil ya. ¡Cadáver yerto,
no ha de poder asirlo el desdichado!

BARQ. ¡Oh! ¡que es verdad! ¡una ola le ha tragado!
¡Aunque es el mar sagrada sepultura,
ampárele el Señor desde su altura!
(Quitándose la gorra y arrodillándose para rezar: todos le imitan con religioso silencio: á poco dos marineros y Manrique suben del mar por detrás de las rocas.)

ESCENA XIX.

LOS ANTERIORES y MANRIQUE.

DUQUE. Manrique, calma mi afan:
¿y tu señor?
MANR. ¿Yo qué puedo
decirte de él? Esta gente
(Por los Barqueros.)
guió su barco ligero
á esas rocas, dando caza
á un hombre que flotar vieron
sobre el agua una vez y otra.
Llegámonos cerca, á tiempo
que un relámpago brilló,
y á su luz, vimos ya muerto
al que nadador juzgábamos.
DUQUE. ¿Ni aun robásteis por lo ménos
su presa al mar inclemente?
MANR. Crespas olas la envolvieron
que en espiral la tragaron.
¿Mas tú, señor, por qué inquieto
por don Lope me preguntas?
DUQUE. ¡Ah! tu relato da aumento
á mi inquietud y temor:
voy á inquirir...
(Llega á la puerta del palacio, en este momento una luz rojiza ilumina los balcones.)
JUAN. (Voces dentro.) ¡Fuego! ¡Fuego!
MANR. ¡Ah! Señor: no ves la quinta?
un volcan encierra dentro!
DUQUE. ¡En súbitas llamas arde!
¿Más desdichas?
JUAN. (Voces dentro.) ¡Fuego! ¡Fuego!
(Dos damas y los pajes se asoman y gritan en el balcon y rejas del palacio.)
DUQUE. Romped la ferrada puerta: (Á los soldados.)
oponed contra el incendio
vuestros auxilios si alguno
basta al voraz elemento!...
(Todos se agrupan á la puerta, que cede á los golpes,

y sale por ella D. Juan precipitadamente y el vestí do en desórden. Cuadro animado.)

SIRENA. ¡Socorro! (Dentro.)

CRIADOS. (Dentro.) ¡Fuego!

MANR. ¡Acudid!

(Á los marineros, que suben al balcon.)

DUQUE. ¡Animosos socorredlos!

ESCENA XX.

DICHOS y D. JUAN.

JUAN. Pronto aquí una escala. Aunque
cenizas mi cuerpo sea
le he de salvar!...

DUQUE. Y don Lope?...

JUAN. Dentro, su estancia se quema!...

DUQUE. ¿Quién es el naúfrago entonces?

JUAN. Es bien que la causa sepas
de todo en otra ocasion:
Bástete saber que apenas
me retiré yo á mi estancia,
cuando súbito me cercan
las llamas por todas partes...
Pero excusa á mi impaciencia
mayor relato, dejándome
que con mi amigo perezca
ó le salve del peligro!...

ESCENA ÚLTIMA.

LOS ANTERIORES y D. LOPE, que saca en sus brazos el cadáver de Leonor: Damas y Criados.

LOPE. ¡Sagrados cielos! Clemencia,
y tomad mi vida en cambio,
que salvar la suya pueda!
Leonor!

(Dejándola en el banco que estará debajo de la reja.)

JUAN. Don Lope?

LOPE. Leonor!

DUQUE. Habla, hijo...
LOPE. Ay! señor, deja
que el paraxismo del alma
libertad preste á la lengua.
(¡Miserable! No en tu amor, (Ap.)
en tu honradez solo piensa:
sufre y miente para que
la saques limpida y tersa.)
DUQUE. Vuelve en tí...
LOPE. Esta es Leonor,
á quien amé con terneza
de esposo, que ella pagóme
lo mejor que pudo, honesta...
Há poco que de la estancia
de Leonor llegué á la puerta:
la abrí, pasé su dintel
y veo á mi esposa envuelta
en vivas llamas, y en humo
denso... ¡Ay! salvarla intenta
mi amor, y solo un cadáver
así en mis brazos!
TODOS. ¡Ah!
(Van á acercarse al cadáver. Lope los detiene.)
LOPE. ¡Es presa
de la muerte! No hay socorro
humano que volver pueda
la vida á esa flor helada
en tanto fuego!... Me deja, (Al Duque.)
señor, tan grande desgracia,
la libertad que desea
un soldado: al rey decid
que con él iré á la guerra,
pues «*no hago falta en mi casa.*»
DUQUE. Hijo, excúsame más penas!
(El Duque y los suyos rodean á Leonor.)
JUAN. (Ap. á él.) (Crüel anduvísteis, don Lope...)
LOPE. Si otro que vos lo dijera,..
vive el cielo!... á vuestro honor
apelo de la sentencia:
lo mismo hiciéradeis vos,
cara á cara con la afrenta,
que aqueste papel confirma

y que pregona esa reja...
(Le enseña el papel de Leonor y le señala el pañuelo atado á la reja.)

JUAN. ¿Yo?

LOPE. No prentendais mentir.
Olvidaos, don Juan, de esta
noche terrible, y pensad
que en vos mi secreto queda
depositado; que es tósigo
pernicioso, de manera
que si se agitan por alguien
sus corrompidas esencias,
habrá de estallar el pomo
que frágilmente las cierra,
y emponzoñarán de muerte
al que las aspire cerca!

JUAN. Mudo seré. (Estrechando la mano á Lope.)

LOPE. Sin embargo,
direis, á quien se aconseja
con vos, cómo ha de vengarse
quien ha tenido sospechas
que á realidades llegaron.
No es bueno que resplandezcan
á la falsa luz del vulgo,
ni ménos que decir pueda,
una pública venganza,
lo que aun no dijo la afrenta;
por esto maté alevoso
lo que más amé en la tierra,
llorando... eso sí, su muerte!...
Ya veis que obré con prudencia,
no con crueldad; que forzoso
fué echar un nudo en mi lengua,
y dar á «*secreto agravio*,
tambien *venganza secreta*.»

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 24 de Octubre de 1867.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

representadas en los teatros de Madrid.

Ahojarse á la orilla.
Astucia y amor.
Alcalde (el) de tronchon.
Castigo de la impiedad.
Marta la piadosa.
Paco y Manuela.
Percances de un subarriendo.
¡Qué plaga!
Una noche en Trifueque.
Similia similibus.
Á secreto agravio, disimulada venganza.

cancion
na
l almadreno.
as.
el viejo.
s de viento.
de Correlargo.
oro.
regimiento.
e mi mujer.
ijos.
idres.
Rey René.
ios.
de Murillo.
ra.
za de Catana.
sifa.
le la vida.
Garan.
n piloto.
;.
en el campamento, ó
Africa.
;.
eros de la niebla.
le matrimonio.
Babel.
l gallo.
diencia.
ilhaja.
mada.
os (refundida.)

sobrina.
bano.
ria.
1818.
ista de pájaro.
bojuelas.
Polonia.
la Emparedada.

Moscas de aldea.
mi mujer y el primo.
Negro y blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Proposito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por el.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quien es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar po cuenta ajena.
Todos unos
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos:
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemarepa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.
buena ley.
feo.
uchilladas.
a Gitana.
arte.
era.
do.
quila.
ito, ó el Alcalde pro-

l,
r.
.
e una ópera.
y la maja.
l hortelano.
en Marruecos.
la ratonera.
carnaval.
trama lírico.)
de la Rioja (*Música.*)
de Letorieres.
escape.
español.

feliz.
blanco.

noono.
uelo de un pollo.
y Valdemoro.
mo... ¡animal!
la calle Mayor.
del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Petnquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y no sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron
Bilbao.	E. Delmas
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Hubana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Malaga.	J. G Taboadela y F. de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Maturó.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Bucetta Solla y Comp
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veralon.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez
Valencia.	I, Garcia, F Navarro y J. Mariana y Sanz
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodriga
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.